

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

BERNARDO O'HIGGINS

*El Padre de la Patria Chilena*

---

EMECE EDITORES S. A. - BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723  
Copyright by Emecé Editores S. A. - Buenos Aires, 1942

## PROLOGO

**H**AN pasado los tiempos en que se decía que los países de América, como pueblos felices, carecían de historia. Nuestras tierras, tanto en el período prehistórico como en el histórico, tienen un pasado tan intenso y fecundo como el de las naciones europeas de más hondo vivir. Una prueba de este aserto es la gran cantidad de obras históricas que aparecen en nuestra patria y en las repúblicas circunvecinas. El amor a la historia es patriotismo y también es culto a la más noble y hermosa de las tareas: la de resucitar tiempos y hombres muertos. En esta labor, tan trascendental, se destaca la obra de los jóvenes. A ellos, repitiendo una vieja frase, pertenece el futuro. No siempre, sin embargo, los jóvenes llegan realmente a conquistar el porvenir. Muchos se lanzan con entusiasmo por un camino que luego abandonan. Entre mil jóvenes historiadores y literatos se ha comprobado que sólo dos o tres vencen los obstáculos y conquistan la gloria soñada. Por ello los estudiosos que nos alejamos de la juventud y hemos perdido muchas ilusiones, vemos con emoción los esfuerzos de quienes siguen nuestras huellas y ya demuestran que han de ir más lejos que nosotros.

Enrique Campos Menéndez es de estos jóvenes que con su constancia y talento pueden estar seguros de alcanzar su ideal. Sus obras bastan para demostrarnos que su vocación de historiador y literato ha nacido con raíces profundas y sus ramas han de producir frutos innumerables.

La biografía del general Bernardo O'Higgins es una obra de historia y de arte. Evocación romántica. Sentimiento y

*pasión. El estilo, cuidado, lleno de color, tiene a ratos toques modernísimos, imágenes arriesgadas, de escritor americano que ama nuestro pasado y, al mismo tiempo, es un lector constante de los autores contemporáneos del mundo. Ejemplo digno de estudio de neoromanticismo. Vivimos una época romántica por muchos conceptos. El evocador de hoy siente como nunca se ha sentido el romanticismo de los años de nuestra Independencia. Época maravillosa que al cabo de un siglo comienza a revivir. Los personajes andan por las páginas de los libros como en salones iluminados. Tienen como fondo el campo de las batallas y los panoramas añosos que les da nuestra fantasía. El libro de Campos Menéndez es una muestra de esta resurrección y de esta emoción. No le falta el encanto de ciertas antiguas e inolvidables novelas. Los jardines de Kew, un joven rubio, personajes, el rey de Inglaterra. En el otro extremo del mundo, las costas de Chile, una joven abandonada, ansias de libertad, la revolución, el joven rubio de los jardines ingleses que lucha por la vida de una nueva nación. Romanticismo puro. Sueños de amor, de libertad, de gloria. Las novelas más exaltadas no igualan esta pura realidad romántica. Cuando los historiadores europeos del romanticismo salgan de sus casillas y de sus fantoches —la mayoría imaginarios— y vuelvan los ojos a la historia del Nuevo Mundo, advertirán, con asombro, que nuestra historia tiene un romanticismo comparable y aun superior al de la historia europea. Ya algunos escritores, hace un siglo, parecieron darse cuenta que en los argumentos de América existía una belleza y una emoción romántica dignas de ser evocadas; pero no apreciaron la época contemporánea que se estremecía en el Nuevo Mundo, no sintieron, por estar demasiado cerca de ella, el drama grandioso y sublime de la Independencia: el ensueño más romántico de toda la humanidad, y dejaron de escribir, por incomprensión, obras in-*

mortales. Hoy que los años han pasado y los historiadores y novelistas pueden contemplar en su amplia magnificencia el cuadro de la Independencia americana, es posible escribir obras neorománticas sobre el momento más glorioso de nuestro pasado. Pocos son, no obstante, los historiadores y novelistas que lo intentan. Los historiadores, llevados por su afán de erudición, sólo preparan obras frías, de análisis y documentos, aportes valiosos para la reconstrucción de vidas y épocas; pero que no encierran una brizna de poesía. Los novelistas están en decadencia. Han sido vencidos por el interés que despierta la historia y abandonan la ficción para entrar en las bibliotecas y en los archivos. Campos Menéndez, en este sentido, es una excepción. Historiador y novelista, ha visto la inmensa belleza que contienen la época y la vida del general Bernardo O'Higgins y la ha sintetizado en un volumen que deleita e instruye. Síntesis acertadas y rápidas. Pinturas bondas y suaves, como paisajes ingleses, de inolvidable ternura. Un peregrinar por Europa. Sufrimientos, esperanzas, angustias, delirio. Es la vida romántica por excelencia del joven de origen no legítimo, que de peregrino humilde y soñador pasa a América —la América de los grandes destinos— y halla su gloria, como en las novelas, como en la historia, diríamos mejor: la dueña de las más grandes novelas.

El lector no avezado a apreciar la información de las obras históricas que no abundan en citas, por razones de estética y de forma, creará que este libro, de lectura tan atrayente, es una simple novela histórica sin una buena base de erudición. Creencia errónea e injusta. Campos Menéndez ha estudiado durante largo tiempo los fundamentos de cada detalle y, en síntesis, puede afirmarse que no hay un párrafo, en su libro, al cual no pueda agregársele una nota bibliográfica y documental. El mérito de este libro no es sólo el de un exce-

*lente resumen biográfico del general Bernardo O'Higgins. El autor ha hecho un trabajo superior al de una vida histórica correctamente compuesta. Ha animado a su personaje con un soplo de magia. El héroe de Chile vive en estas páginas con realismo y ensueño. Llegamos a comprenderlo profundamente, como si en una vida inverosímil hubiéramos sufrido a su lado la inquietud de su destino. Vemos los campos, las ciudades y las batallas; los hombres aquellos que representaban un mundo que se iba y otro que llegaba; los hierros desenvainados, las banderas al viento; las derrotas y los triunfos. Nuestra patria, la luz animadora de la Revolución, fué la amiga y la aliada en el supremo esfuerzo por la Libertad. Los nombres juntos e inmortales: San Martín y O'Higgins. Dos modestias sinceras e inmensas como rara vez hubo otras en el mundo. El ejemplo de O'Higgins es tan patriótico, tan superior, tan sublime, como el de San Martín. Las últimas páginas de este libro, en que el autor describe el atardecer y el morir del héroe de Chile, tienen tanta emoción como las primeras, en que el mismo héroe, joven que aún no soñaba su porvenir, andaba por el mundo arrastrando una honda tristeza. Fin romántico, de vida dulce y serena, que no ignoraba el silbar de las balas y el choque de las espadas.*

*Campos Menéndez ha dado a las letras americanas, en este auge de la historia novelada, una emocionada historia literaria del Padre de la Patria Chilena. Libro lleno de encantos psicológicos y descriptivos, sutiles y hondos, nos han mostrado un alma y una época, en lo más bello que las ha animado: esperanza y ensueño de Libertad. Por ello este libro, despierta emociones, presentimientos indefinibles y una extraña sed de gloria: todo lo que los hombres americanos supimos conquistar y sabremos por siempre mantener.*

ENRIQUE DE GANDIA

# I

## *EN LOS REALES JARDINES DE KEW*

Por los jardines reales de Kew avanza un mocito rubio y magro, vestido pulcramente de negro; difícilmente podría creérsele rico o, al menos, en posición económica muy desahogada, pero al primer golpe de vista se advierten, eso sí, su extranjería y distinción. A su lado va caminando un anciano de gestos magistrales que lo guía en el paseo y el diálogo. Hablan a media voz y accionan levemente. La tarde decae con especial dulzura y ello contribuye a destacar la graciosa elegancia de la estampa. Sobre el verdor intenso de los álamos se desvanece el limpio azul de los ojos del joven y por entre el trinar de los pájaros, que se dan las buenas noches, se van las graves palabras del caballero, como si también buscasen el abrigo de un nido. De vez en cuando el joven se detiene para contemplar una planta rara, entre las tantas que florecen en este rico muestrario botánico, y el profesor aprovecha la oportunidad para explayarse con una lección más.

—Mister Butler ¿verdad que esta flor se parece al copihue?

—Sí y no —dice el maestro—. El copihue chileno es como la exhudación de sangre de las bravías montañas cubier-

tas de bosques; es la pujanza de una tierra indómita que se materializa en flor. Tiene savia silvestre que sube desde un suelo recién hollado. En cambio, éstas son sólo productos de un hábil alquimia botánica. Son apenas una destreza más de la mano del hombre: como las avenidas de este parque, la simetría de sus prados de césped, los trazos calculados de los edificios. Aquí la naturaleza está vencida. Allá, en cambio, todo lo espera del hombre. En tu tierra, Bernardo, en ese mundo nuevo, palpitante de fuerzas vírgenes, hay mucho que hacer.

Y un eco interior repite al adolescente: "Allá hay mucho que hacer."

En un recodo del paseo aparece un grupo de señores enlevitados a cuyo frente camina un caballero como de cincuenta y ocho años, que habla con todos a un tiempo y con modales un tanto desabridos.

—¿Quiénes son?— pregunta intrigado el discípulo.

Aquél del extremo derecho es Mr. Guillermo Pitt, el jefe de Gobierno, y el que habla con él es el sobrino de Lord Stanhope, casi tan inteligente como el tío. Aquel más grueso es...

—¿Y el que viene delante? Parece el Rey.

—Debieras haberlo reconocido ya.

El joven no puede reconocerlo porque no lo ha visto nunca. Conoce el retrato de Josué Reynolds, que está en el Palacio de Windsor, pero entonces Jorge III aún era príncipe de Gales, y aún tenía la cara sonrosada y los ojos alegres y el ademán tranquilo; aún se parecía mucho a su madre, la apacible princesa Augusta de Sajonia. Ahora, desde que le sobrevino el ataque de locura, tiene los ojos turbios y el gesto retorcido y un color que se diría cadavérico.

En verdad, aunque el augusto monarca estuviese muy en sus cabales, tendría motivos para perder el seso: ha sufrido la amarga capitulación de Yorktown, ha tenido que reconocer la independencia norteamericana, ha soportado la resaca de la pavorosa revolución francesa, ha visto la dramática conquista de Bélgica, tiene que padecer una oposición parlamentaria cuyo tiroteo hace blanco en las mismas gradas del trono, percibe la creciente rebeldía irlandesa y presiente el desembarco de las tropas de Hoche que, a cualquier hora, pueden presentarse ante las puertas de Londres.

El Rey se detiene y Mr. Butler presenta a su pupilo. “¿Este es el hijo del Virrey irlandés? —pregunta el monarca que algo sabe de los alumnos del pensionado de Richmond. Y con divertida curiosidad, no exenta de ese infantilismo que a veces asumía su extraviada razón, hace preguntas disparatadas al joven chileno, que apenas si puede responder, no tanto por la cohibición que le impone la regia presencia como a causa de la sorpresa que le produce tanto dislate y tanta ignorancia sobre las cosas de América. En cambio Pitt y sus acompañantes parecen tomarlo en serio y le piden multitud de informes que él contesta con respetuosa vivacidad.

Aquella noche el mocito la pasó desvelado: había visto al extraño Rey de Inglaterra, había hablado con él, le había besado la mano, había llamado la atención de los grandes políticos de la Corte, por un momento había representado a la patria chilena frente a uno de los monarcas más poderosos del mundo. Para todos él era simplemente Bernardo Riquelme, nombre recio y apellido claro, pero tanto el nombre como el apellido inéditos y sin posibilidad de revelaciones; para el Rey y para la corte era el hijo de Don Ambrosio O’Higgins, capitán de los Dragones de Frontera, vencedor

en la isla de la Laja y en las sierras de Boroa, dominador de los temibles pehuenches y de los feroces huilliches, intendente de Concepción, gobernador de Cuyo, caminante aventurero y venturoso desde el Maule a Valdivia, capitán general de Chile, virrey del Perú y ya una de las grandes figuras del nuevo continente. Por primera vez sintió que había algún encanto en el misterio de su vida. El insomnio trajo a su caldeada imaginación, sobreexcitada por el reciente acontecimiento, mil incidencias de su vida, breve aún, pero ya colmada de sucesos, incidencias que él recordaba desde las fronteras de la razón o que había oído relatar a los viejos criados, como quien cuenta leyendas y augurios. Tuvo orgullo de sí mismo, y por una noche empezó a sentirse absolutamente feliz. Su historia era, en verdad, una magnífica novela.

Su padre, don Ambrosio O'Higgins, tenía 53 años cuando llegó a Chile con un título de *capitán delineador* en la valija, que servía para muy poca cosa, y un embrollado chismorreo de familia que aún hoy no es posible poner del todo en claro. Era el año de gracia de 1773. El Capitán había nacido en Irlanda, en el condado de Sligo, en una aldehuela que se llama Ballinary, y, aunque de noble prosapia, no tuvo sobre su cuna los tules de la riqueza. Por el contrario, su infancia transcurrió en una opaca escasez, remediada más tarde cuando entró a servir el oficio de postillón de la vieja y engolada condesa de Bective. Todo se conjuraba para abrirle una brecha a la aventura: vástago hidalgo de una tierra legenradia, cuyo interland comunica a sus habitantes la mística bizzaría de los fehnners, y puesto por el destino en un romántico pescante, en la época en que los coches irlandeses cruzaban caminos apestados de audaces bandidos de tricornio, el adolescente cobró desde temprano un sentido aza-







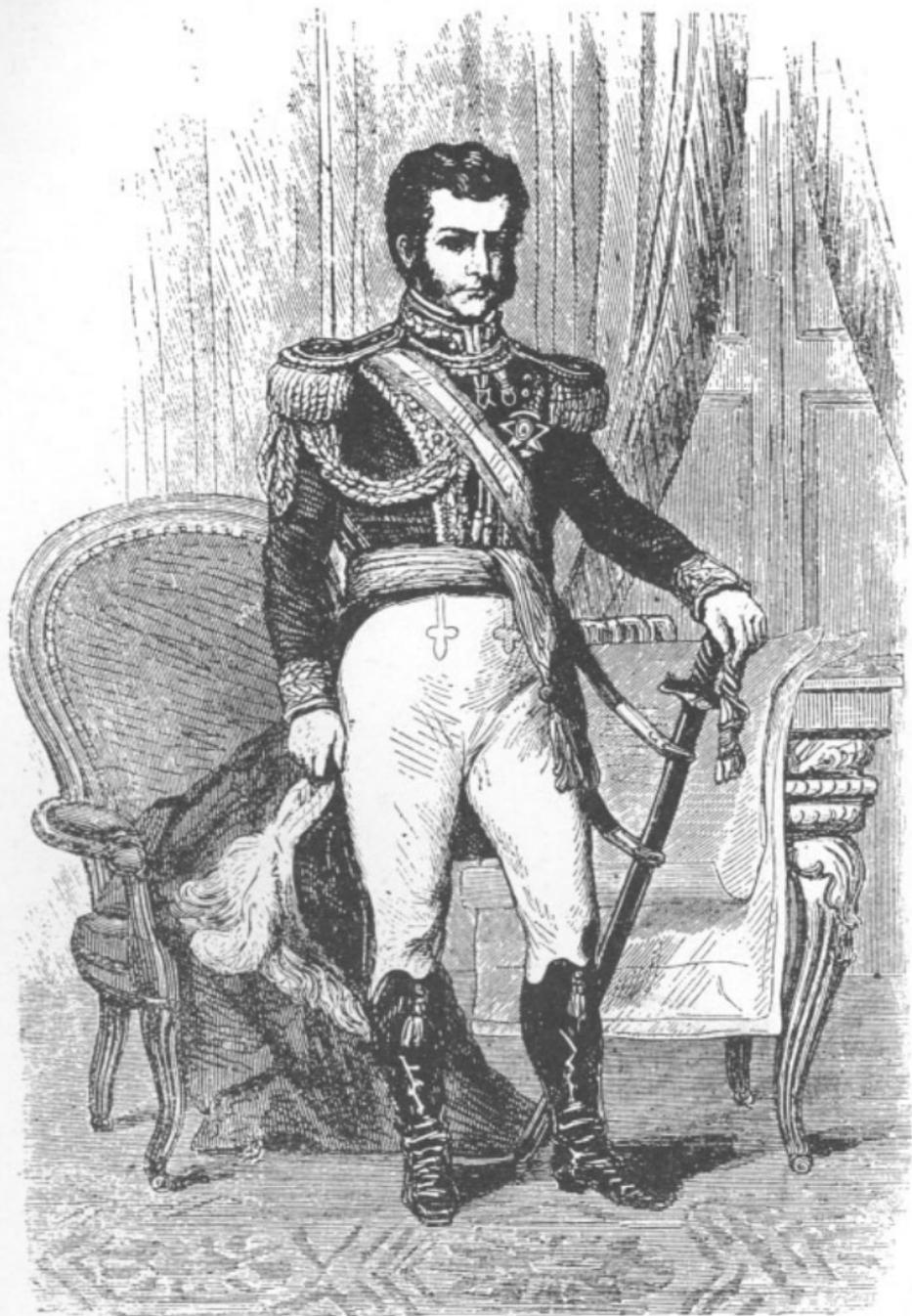




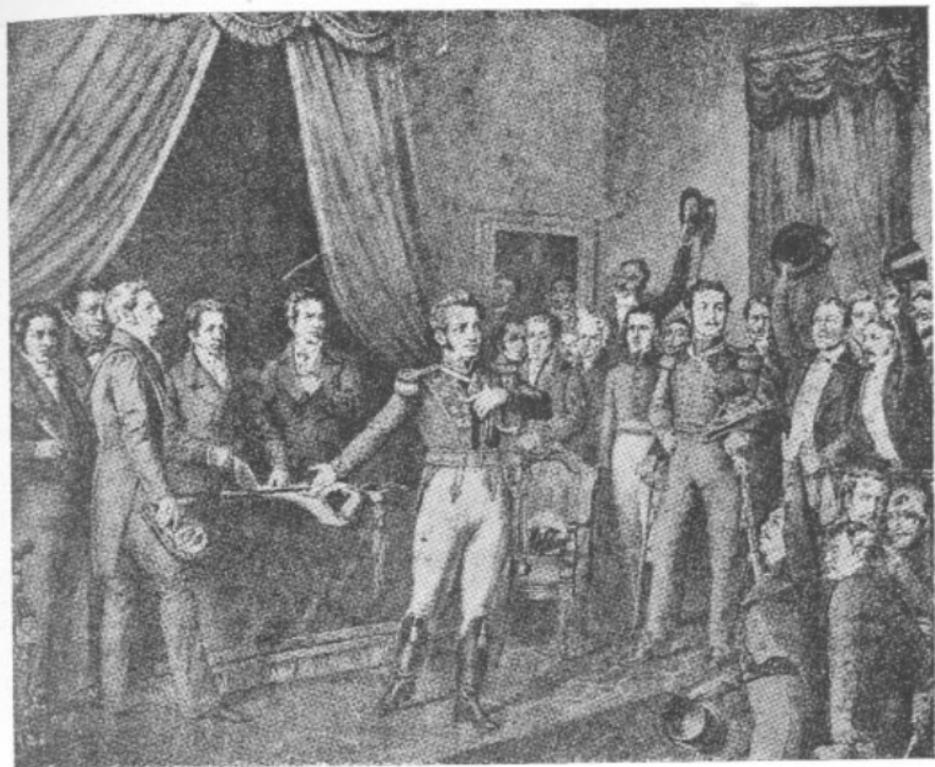
XIII

Bernardo O'Higgins









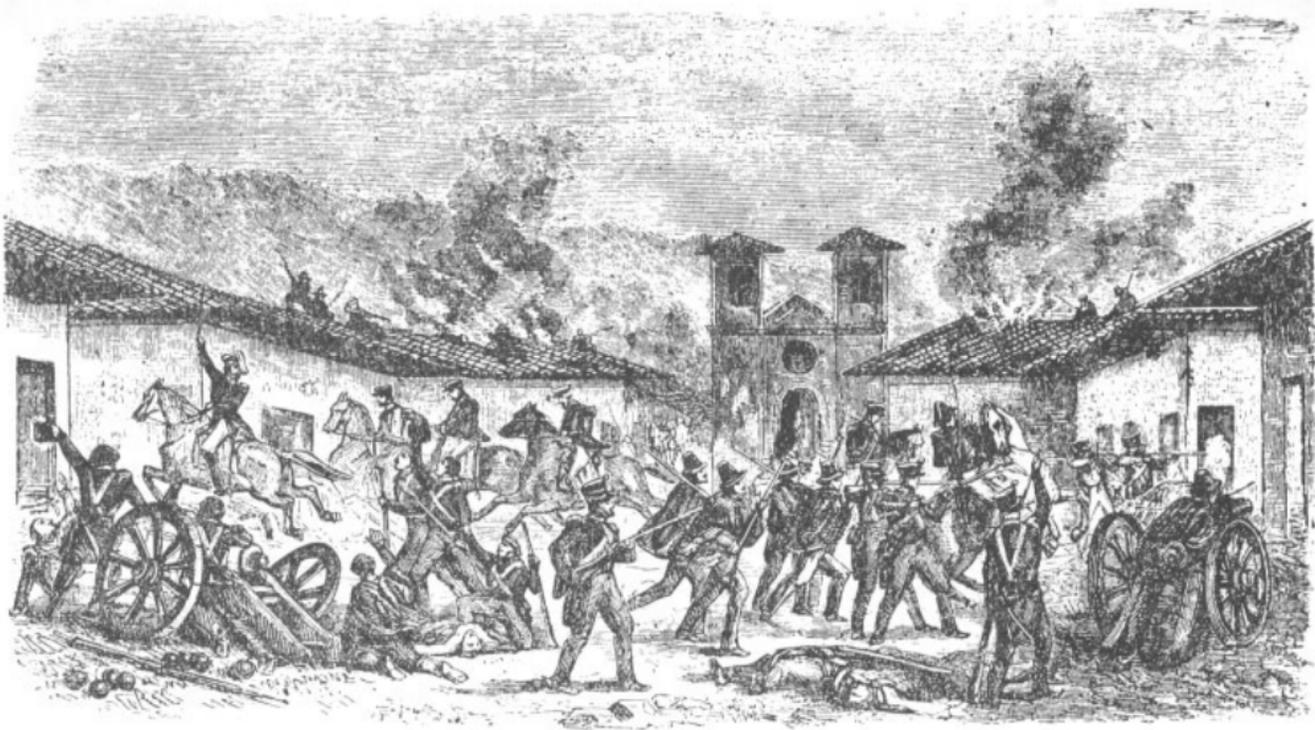
IV

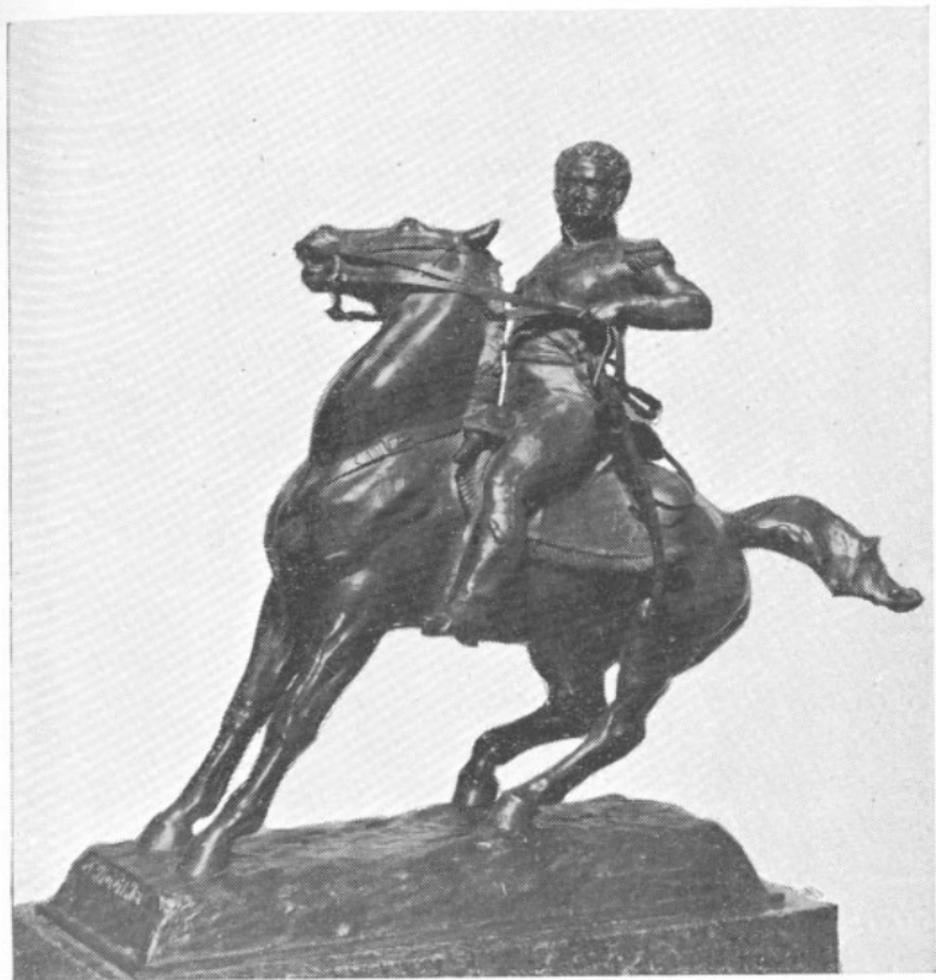


V



VI





VIII

roso de la existencia. Pronto se le agotaron las perspectivas lugareñas del paisaje irlandés. Además era el siglo de las grandes audacias. El espíritu español, símbolo y resumen de la aventura, imperaba por doquier. Nada tiene de extraño entonces, que Madrid llamara con inaplazable urgencia al novelesco irlandés. Un día vemos, pues, llegar a la capital de las Españas, al joven Ambrosio O'Higgins, donde mereció la protección de un tío suyo, clérigo, y tan próximo a los altos favores, que era ¡nada menos!, uno de los confesores de Carlos III. Pero para él, era demasiado estrecho el horizonte de un empleo y, más preocupado de encontrar libertad que pan, no aprovechó los influjos de su pariente; se fué a vivir a Cádiz, donde se ocupó en diversos trabajos, pero nunca con éxito.

Aún más tarde se trasladó al Perú y por allá anduvo de buhonero, sufriendo percances varios y dando con sus huesos más de una vez en las cárceles inquisitoriales por incurrir en sospecha de andar en tratos con herejes protestantes. Es la biografía clásica del jovenzuelo díscolo, disconforme de todo y rebelado contra todo, que acaba por embarcarse hacia el nuevo mundo.

Fracasado en Perú se dirigió a Concepción, donde nuevos contrastes le agobiaron. Entonces fué cuando se decidió a ingresar como soldado al servicio de España, en cuyos ejércitos se le dió entrada como oficial científico. Empezó trabajando en la reparación del camino de Santiago a Mendoza y si no demostró grandes conocimientos técnicos, probó al menos singular ingenio y raras habilidades. Aconteció entonces que se rebelaron los araucanos y sembrando el terror por las tierras del Bío Bío, pusieron en grave trance a las supremas autoridades del reino, que contaron tantas derrotas como expediciones mandaron contra los indígenas. El capitán

O'Higgins fué movilizado para esta campaña, revelándose en ella como un militar perfecto, y mereciendo, al cabo de dos años, ser ascendido a teniente coronel. En este cargo sirvió de 1777 a 1779, reorganizando las unidades militares y fortificando la costa. En uno de los numerosos viajes a que este servicio le obligaba, conoció en Chillán, a doña Isabel de Riquelme. Hasta entonces, la vida amorosa del que ya era veterano coronel estaba hecha de lances fortuitos. Y siempre renovados. ¿Por qué no decirlo? Como antes, con solicitud de postillón mudaba en las paradas sus caballos de tiro; como luego —con veleidades de emigrante— cambiaba puertos y paisajes; como más tarde, —en andanzas de soldado— montaba y desmontaba campamentos, así había hecho y deshecho romances al azar de los encuentros. Ahora, como avanzados jalones del camino, le habían caído los sesenta años. Y era un recio Coronel, ya sedentario en América, en la expectativa de sesudos y reposados honores. Una mañana, durante la expedición que lo llevara a los alrededores de Chillán, echó a andar por un atajo orillado de zarzas y arbolado de peumos, arrayanes y maitenes. A un lado, entre avanzadas ramas de espino, surgía una casa de ancho alero y tejado en media agua; patio de piedra de huevo y pilares de madera macha. Era la clásica vivienda chilena con su música de aves de corral, su tranquera para el pingo y esos perros que salen a morder o a lamer, según lo inspire el visitante. Allí vivían los Riquelme, criollos de pura cepa. El dueño de casa, don Simón, y su esposa doña Manuela, estaban allí para abrirse en brazos hospitalarios cada vez que llamaba a su puerta un caminante. Por eso, cuando el Coronel O'Higgins se detuvo en su umbral en la pausa de esa mañana, enviaron a Isabelita —su hija, la regalona de la casa—, para que lo invitara a tomarse un descanso. Y la

muchacha, esbelta, hembra en botón, trenzas sueltas a la espalda, realzada en vistosos tocuyos, gracioso rostro de morena greda, ojos ingenuos y radiantes, salió a recibirlo para ofrecerle, como risueña samaritana, la sombra del parrón y el vaso de chicha rubia, tradicional acogida de forasteros en tierra angosta de corazones anchos. El hechizo de Isabel detuvo al fogueado militar más tiempo que el que hubiese podido suponerse. Luego, volvió una y otra vez. Ya hemos dicho que tenía sesenta años, y ella quince. Pudo haber surgido entre ambos sólo un tierno y paternal afecto. Pero se encendió una anacrónica llama de amor. Al parecer, se enamoraron de veras. Y a lo mejor, todo no fué sino la atracción de polos opuestos: él era corpulento, fuerte, rudo, áspero de ademanes y muy violento de carácter; y, ella pequeña, morenita, melancólicamente dulce, con unos enormes ojos azules que contrastaban con el brillante azabache de sus trenzas y con un mirar henchido de tristeza que semejaba acariciarlo todo.

Un día se apagaron los fuegos del vivac cercano. Se desmontó el campamento. El Coronel se fué a la cabeza de sus tropas. Volvió la rutina agreste a la estrecha faja del valle, ensanchada ahora más allá de su horizonte por la nostalgia de la niña que creyó en promesas. Lo supo un día el padre; juró, rejuró, levantó puños crispados, y luego se desplomó en una resignación fatalista. Después de la cólera, vino el rubor. La casa se parapetó más que nunca a la sombra de los espinos. Tenía algo que ocultar.

Así nació el hijo. Le pusieron Bernardo. Ya desde el primer llanto, desarrugó el ceño la familia. En la tierra resignada del solar chillanejo, los rencores no duran, y la naturaleza es allí demasiado hermosa y pujante para que triunfen en el ánimo de los hombres los prejuicios sociales. Pronto

se olvidaron de ultraje y bochorno. Ahora, a la sombra de los espinos, la casita retozaba con la risa del pequeño Bernardo, hacía una obligación de sus caprichos y un ritmo de sus primeros pasos y balbuceos.

Entretanto, el Coronel impuntual en lances de amor, ganaba ascensos y nombradías. Primero fué Intendente; luego Capitán General del Reino de Chile y Presidente de su Real Audiencia; más tarde lo harán Barón de Ballinary y podrá anteponer al Higgins a secas de su apellido esa O' que, en su lengua natal le confirma viejos blasones de nobleza. En medio de su fortuna, fué informado del hijo nacido como fruto de su aventura chillaneja. Fué así como el hogar de los Riquelme debió abatirse con un nuevo golpe. Cuando ya la familia sentía que el chico era compensación suficiente para los tantos dolores sufridos, un día apareció un Oficial de Dragones, enviado especial de don Ambrosio O'Higgins, que traía el encargo de llevarse al vástago. ¿A dónde? A la propiedad que don Juan Albano tenía en Talca; pero todos, excepto el oficial y su jefe, ignoraban el paradero, que durante mucho tiempo continuaría siendo un enigma impenetrable. Y esta fué la primera salida del caudillo chileno: a caballo, a galope tendido, rasgando la noche, en los brazos nervudos de un capitán caballero.

Hasta cumplidos los diez años estuvo en el fundo de Talca, educándose bajo la cuidadosa vigilancia del fraile misionero P. Francisco Javier Ramírez, con el cual conservó, hasta la muerte, cordialísima amistad. Entretanto su madre, la encantadora doña Isabel, contraía matrimonio con un convecino llamado Félix Rodríguez.

De este segundo amor nació una hija: Rosita —mujer singular que revive las austeras estampas romanas—, que acompañó a nuestro héroe hasta su postrer instante, alentán-

dolo en sus victorias, amparándolo en sus desfallecimientos, y consolándolo en sus tribulaciones.

Cumplidos los diez años, fué enviado a la aristocrática universidad de San Marcos, en Lima, donde estudiaba toda la juventud hidalga americana, y allí inició cursos superiores en la fraternal camaradería de dos condiscípulos que habían de ser, para siempre, sus grandes amigos: el marqués de Torre-Tagle y el cacique de Chilca, Juan Nepomuceno, más conocido por Manco Inca.

Apenas rebasados los catorce años, su padre lo mandó a España en uno de los contados barcos que navegaban del Callao a Cádiz, por el cabo de Hornos. En el desvelo de esta noche trascendental revive, uno por uno, los azarosos y largos días de aquel viaje múltiple en incidencias de toda índole: climas, panoramas, puertos y lontananzas se desenvuelven en la caleidoscópica cinta de la evocación.

En Cádiz se albergó en casa del patricio chileno Conde de Maule, hombre tan rico en dineros como en cultura, que lo recibió con bondad paternal. Luego lo mandaron a Londres, y lo pusieron bajo los cuidados de la firma Spencer y Perkins, consorcio de judíos millonarios y cicateros que se desentendieron con desdén del huésped, transfiriéndolo cuanto antes al pensionado de Richmond, donde ahora estudiaba con la renta anual de mil quinientos pesos que sus "protectores", le hacían llegar tarde, mal y nunca.

Sobre el fondo oscuro de esta adolescencia, Spencer y Perkins, recortan sus perfiles harpagónicos como esos personajes pelirrojos, pecosos y de narices ganchudas que asoman a veces a las páginas de Dickens. Presintieron que había algo de irregular en la vida de Bernardo. Sabían además que pasaba por hijo del Virrey del Perú, que le enviaba sus mesadas con cartas frías y severas, como sospechando del mal empleo

que podría darles. Por otra parte, el muchacho era tímido, de pocas palabras, y casi siempre prefería un mal arreglo a una disputa. De ahí que, sin ningún obstáculo especulaban a su antojo con el indefenso pupilo.

Ante los ojos fatigados del muchacho pasan en estas horas de desvelo todas sus imborrables visiones de ultramar, que le llegan cada cual con su nostalgia y su pena.

Allá estará el anciano virrey, sin darse tiempo para sensibilidades paternales, absorto en problemas de estadista bajo los suntuosos y fríos artesonados del palacio de gobierno; la pobre madre, a la que acaso no verá nunca más, llorando viudez de desposorios que no se consagraron en altar sino en vanas promesas que el viento se llevó al primer zarpazo de la otoñada; el Padre Ramírez, que seguirá adoctrinando infieles y salvando pecadores; los amigos entrañables del colegio de Lima, que siempre le escriben cariñosas cartas de llamada y confidencia; la anciana empleada del fundo de Talca, que le enseñó a rezar y a cantar por la umbría de las alamedas de su hogar adoptivo; el oficial desconocido que una noche lo arrebató del regazo materno y se lo llevó, paralelo del viento, por los valles angostos y por las anchas cumbres. ¡Cuánto daría por amanecer en su Chile adorado y lejano! ¡Con qué placer correría ahora mismo a los muelles para embarcarse en el primer navío con rumbo magallánico! Este Rey con quien acaba de hablar, soberano de un gran imperio parejo de otros imperios contra cuyo dominio un interior y nativo impulso lo pone en rebeldía, le ha parecido un ser extravagante incapaz de inspirar cualquier afecto; por cierto que nada tiene de los reyes de cuento, ni siquiera de aquellos pintarrajeados en los cartones de naípe.

Su primera impresión de la monarquía no había sido, pues, muy auspiciosa. Este Mr. Butler, que lo educa y dirige,

le merece un respeto profundo pero no consigue despertar su estima; estos judíos londinenses que corren con su pupilaje, sólo contrariedades y disgustos le ocasionan... No tiene un camarada íntimo ni un amigo leal. No se ha muerto de tristeza y aún no se ahogó de pena porque se consuela escribiendo; tiene un gusto especial en escribir largas cartas en las cuales lo dice todo con una espontánea sinceridad que a todos cautiva y a él deja muy aliviado. En estos doce helados meses de niebla inglesa, sólo ha podido registrar un único rayo de sol: una mujer, por supuesto. Se llama Carlota Eels, y es hija de un honrado vecino a cuyo hospedaje se trasladará andando el tiempo. El estudiante Riquelme la ama desde el primer día que la vió y no la olvidará en toda su vida. Cuando veinticinco años después le envían su retrato con una carta en que le recuerdan *your old sweet heart*, se alegra y ruboriza como el día de la primera entrevista.

Ya se perciben las primeras luces del alba. La niebla se enracima en la hondonada del pequeño valle y llega, como trepando, hasta los balaustres del balcón. Tañen a lo lejos las campanas de una ermita, con alegre y cristalino repicar de aleluyas. Se oye el carraspeo del profesor que se despierta y los incoherentes monólogos de la señora Butler que revuelve por la cocina preparando el desayuno. Pasa un cochecito saltarín zigzagueando por la carretera. Los otros pupilos duermen el mejor sueño. Sólo este solitario Bernardo Riquelme, el infeliz estudiante de nombre vacío que anda por el mundo como disfrazado en un pseudónimo, vela, vela con la angustia de los hidalgos cuando se van a cruzar caballeros.

## II

### *“SIN UN REAL”, EN LA ESPAÑA DE LOS REYES*

En plena derrota llegó O'Higgins a Cádiz a mediados de 1799. Nada más desastroso que sus últimos tiempos en Inglaterra, solo y pobre “aquí donde sin dinero ni un perro mirará a uno a la cara”. Todos lo habían abandonado. Un único motivo de satisfacción alegró aquellos días aciagos, que tanta impresión hicieron en su ánimo: el haber conocido al general venezolano don Francisco Miranda, con el cual empieza dando clase de matemáticas y acaba conspirando en pro de la independencia sudamericana. Este personaje, cuyo relieve se acentúa por días en la historia continental, había servido como oficial a Washington y había sido compañero de Lafayette en la campaña norteamericana, era amigo del ministro yanqui y del embajador ruso, de Pitt, del duque de Portland y de otras notables personalidades de la corte inglesa con las cuales estaba en tratos para promover el levantamiento de las colonias españolas. Se hace muy amigo de O'Higgins, lo presenta en sus círculos, lo incorpora a sus trabajos y le induce a ponerse al frente de la sublevación chilena.

No sabemos hasta qué punto consigue prender esta idea en la conciencia del joven estudiante, pues cuando éste llega a Cádiz, la ilusión que en realidad le anima, es la de ingresar en la Escuela Militar para servir como oficial en los reales ejércitos de Carlos IV; no lo consiguió debido a la ilegitimidad de su nacimiento. Este rechazo lo colmó de amargura y desesperación. El proyecto, tan largamente acariciado, de vestir el gallardo uniforme peninsular, se deshacía contra aquel insalvable obstáculo como la ola contra el escollo del arrecife. Es probable que este repudio repercutiera más tarde y contribuyera a su rebeldía contra España. Pero, por el momento, sus reacciones eran sólo de profundo abatimiento, y lejos de condenar a su padre —que a más de ser despegado le había causado el inmerecido daño de su ilegitimidad—, le escribía cartas tiernas y respetuosas que a menudo empezaban con la invocación de : “Amado padre mío y mi solo protector.”

Cuando llegó a Cádiz, según nos lo describe uno de sus más autorizados biógrafos, era un joven de un porte algo menos que mediano, imberbe, ancho de espaldas, levantado de pecho y de formas proporcionadas, si bien no esbeltas; su frente era espaciosa y noble, y su rizada cabellera aparecía siempre en desorden, según la moda de la época; el conjunto de su rostro era simpático y varonil, acusando marcadamente el tipo irlandés de su raza; sus ojos eran azules y no muy grandes “y de continuo tomaban un tinte desapacible por la influencia de una irritación de párpados que padeció desde la niñez y que abultaba éstos, dándole un enojoso ceño”; su nariz era corta y desairada, pero en su boca tenía mucha gracia y simpatía.

Su vida en Cádiz, de esta vez, no era mucho mejor que la que había pasado últimamente en Londres. Trabajaba co-

mo escribiente del conde de Maule, pero a mérito, sin recibir emolumentos de ninguna clase. Esta ciudad, que era sede de aquella Casa de Contratación que regía el monopolio comercial con las colonias, se había convertido por entonces en cuartel general de los revolucionarios hispanoamericanos. En ella se formaron las primeras logias que habrían de regir en forma subrepticia el movimiento emancipador del nuevo continente. A ellas, por impulso de patriotismo, se habían incorporado hasta clérigos, como Cortez y Fretes. O'Higgins, amigo de estos presbíteros, tomó parte en aquellos preámbulos de la independencia americana. Esto distraía un poco sus días, monótonos y grises. Cabe señalar, que por la misma fecha San Martín ganaba sus primeros laureles sobre el campo de batalla, como Oficial de los ejércitos de España, y el apuesto joven caraqueño don Simón Bolívar y Palacios, respiraba la atmósfera cortesana y gastaba a manos llenas, haciendo vida de frívolo petrimetre en la brillante vida de Madrid. O'Higgins, en tanto, arrinconado, inadvertido, sumaba y restaba en los libros de Haber del conde de Maule. Nada hacía pensar en el triángulo feliz que más tarde combinarían estos criollos para basar sobre él la libertad de América. Uno, daba su brazo y ofrecía su sangre a España; otro, explayaba su frivolidad aristócrata, dueño de esclavitudes y plantaciones, cerca de los Reyes, y —por fin— el otro, parecía destinado a extinguirse en los sotabancos de una vida oscura. No hay duda, eso sí, que el fermento de la rebelión podría ser más propicio en aquel hijo clandestino de Virrey, tan prematura e injustamente probado por el infortunio. Ni un rayo de alegría, ni la tregua de una carcajada ficticia, ni una calaverada. Sólo una vez, y lo sabemos por el borrador de las cartas que escribió durante esta época, habla a un amigo —con evidente desgano— de ciertas "ninfas", que

en pintoresco estilo llama Urania y Euterpes, con las que se pasó una noche de contradanza y minueto.

Sueña con volverse a Chile, pero el bloqueo de la escuadra inglesa impide la salida de barcos. Así vive —pobre, solitario, desamparado— hasta el 3 de abril de 1800. Un detalle lo caracteriza, contribuyendo a que comprendamos mejor su infinita ternura filial y el extraordinario sentimentalismo de su carácter: con los pocos ahorros de que dispone compra un piano que espera llevar a su madre como recuerdo de su paso por Europa ¡y no tiene ni para comer!

Hay un hermoso símbolo en este piano que —peleado a la miseria— quiso llevar, pero sin éxito, a su madre lejana, a través del océano. Demuestra hasta qué punto sentía el amor filial. Tal vez comprendía que su desgracia familiar corría pareja con la de su madre, y de ahí el acendrado cariño que le tuviera. O bien presentía que sólo en su regazo encontraría el bálsamo curativo de su angustiosa soledad. Este complejo maternal incluyó más tarde a su hermana Rosita, concebida en el matrimonio de doña Isabel con aquel buen vecino que se llamó Félix Rodríguez; y Bernardo amó también a su hermana con afecto inalterable hasta el fin de sus días. Puede decirse que, excepción hecha del penumbroso recuerdo de Carlota Eels, son las únicas mujeres que llenan su vida. Mientras estuvo en Europa, la ausencia de su madre vino, pues, a sumarse a sus muchas desazones. Por eso es simbólico y significativo el detalle del piano que se propuso obsequiar a doña Isabel. Difícilmente podría encontrarse —entonces, como ahora— ninguna imagen más propicia para evocar la intimidad hogareña de que él estaba tan nostálgico, que la de este instrumento hecho para presidir los rincones más amables de la familia, a la luz de la lámpara cordial, en veladas tiernas y apacibles. Pupilo en los fríos pensiona-

dos ingleses, encomendado a rapaces judíos, o allegado casi en la condición de un protegido a casa del conde de Maule, jamás tuvo ni siquiera un vago remedo de ambiente doméstico. En sus noches isócronas e interminables, en sus domingos vacíos, jamás había sonado hasta entonces —con acento confidente y tranquilo— la música de un piano familiar.

El 3 de abril consigue embarcarse en la fragata "La Confianza", que, decidida a romper el cerco enemigo, sale para Buenos Aires. Nuevas desventuras le sobrevienen. Iniciaban el quinto día de navegación cuando fueron sorprendidos por tres barcos de Inglaterra que, librando combate del cual resultaron muchos heridos y no pocos muertos, apresaron a "La Confianza" y se la llevaron a Gibraltar, donde O'Higgins y todos sus compañeros de viaje fueron desvalijados y pasaron ocho días sin comer, durmiendo en el suelo y sujetos a diversas enojosas vejaciones. Nuestro héroe consigue escaparse y llega a pie a Algeciras, descorazonado y exhausto. Al fin, y puede decirse providencialmente, consigue arribar otra vez a Cádiz, sin un centavo en el bolsillo ni más ropa que la que lleva puesta. Una frase, caída en mitad de una de las muchas cartas que escribe a su familia, define con harta elocuencia, su situación: "desde que estoy en España, no he sabido lo que es manejar un real." ¡Sarcasmo! "Sin un real", y en la España de los Reyes. Si unimos a ésto la destitución de su padre del cargo de virrey y la muerte de su abuelo don Simón Riquelme, comprenderemos cual era su estado de amargura.

Un día —el 8 de Enero de 1801— lo llama a su escritorio el conde de Maule, y endulzando la noticia lo mejor posible, le da cuenta de una carta que acaba de recibir de su amigo el ex virrey, en la cual éste le comunica la graví-

sima decisión de haber repudiado a su hijo, encomendándolo a su propia suerte. ¡Una puñalada no le hubiera sido tan dolorosa! Así se lo dice al menos, al injusto y mal informado padre, con tinta que parece sangre, en una carta que le escribió poco después de su entrevista con el de Maule, y que es una dolorosa recopilación de agobios y agravios: como la síntesis de una biografía de humillaciones. Estaba en el momento psicológico en que algunos recurren al insulto como descargo de una conciencia vejada, en que se olvidan de todo, en que alzarían la mano indignada contra el propio padre. Pero Bernardo tiene una resignación evangélica. Su estructura moral es la de los hombres superiores. Se limita a defenderse con levantada dignidad. Al padre, que después de haberle tenido durante toda su vida en el plano incierto de la ilegalidad, y que ahora lo repudia abiertamente, le escribe con el vocativo de siempre: "Amado padre mío y mi solo protector." Le cuenta su reciente entrevista con el conde de Maule, y lo que de sus labios supo: "Yo, señor, no sé qué delito haya cometido para semejante castigo, ni sé en qué haya sido ingrato (uno de los delitos que más aborrezco), pues en toda mi vida he procurado con todo ahinco el dar gusto a V. E., y al ver ahora frustrada esta mi sola pretensión, irritado mi padre y protector, confuso he quedado. ¡Una puñalada no fuera tan dolorosa! ¡No sé cómo no me caí muerto de vergüenza al oír semejantes razones!"

Más adelante, con prudente tacto y ejemplar estimación de sí mismo, hace entender, entre líneas, al ex virrey, los padecimientos y vejámenes que ha sobrellevado a causa de su condición anómala:

"Ya verá V. E. —le dice— que he tenido motivos bastantes para procurar salir de este país, aún cuando no fuera más que para mirar por el mismo honor de V. E., *pues*

*aquí nadie ignora muchos de sus secretos, y no por mi boca, que a persona viviente aún no he abierto mi pecho, sino a mi mismo padre; pero suele suceder que los mejores amigos abusan de la amistad."*

Pero si en toda esta carta, que habría de ser la última, hay un profundo y tal vez excesivo respeto, en ningún momento aparece siquiera una sola frase que pudiera sonar como súplica. Cuando se despide, lo hace en la seguridad de que su padre no habrá de reconsiderar su error, pues le dice:

'Señor: no quiero ser más molesto, quedo rogando a Dios guarde su preciosa vida muchos años. De vuestra excelencia su más humilde y agradecido hijo'

BERNARDO RIQUELME

No se cumplió el último deseo de esta epístola: "que Dios guarde su preciosa vida muchos años." Dos meses después de leerla, el Brigadier O'Higgins, achacoso y anciano, cerraba en Lima sus ojos para siempre. ¿Efectos convincentes del digno descargo de Bernardo? ¿Escrúpulos de conciencia en la hora suprema de la agonía? Quizás. El hecho es que al morir hizo al joven heredero universal de sus bienes y lo rehabilitó civilmente, dándole el patriciado de su apellido. Don Bernardo O'Higgins levantaba, pues, la frente, que algún día la historia ceñiría de laureles.

### III

## *BAJO LA MANTA DEL HUASO*

¡Era ya hora de regresar a Chile! Y a fines de diciembre zarpaba de Cádiz, desembarcando en Valparaíso a principios de 1802. Pasó el resto de este año en Chillán, y en 1803 viajó a Lima, donde después de ponerse en tratos con albaceas y procuradores, pudo tomar posesión de su cuantiosa fortuna. Luego se unió a su madre y a su hermana en la tierra natal, radicándose en sus heredades y aplicándose al cultivo del campo.

Empieza para él una existencia tranquila bajo la campera manta del huaso. Transcurren ocho años entre trillas, rodeos, yerras y matanzas, y hubiera parecido que no tenía otras miras que las de "patrón" de fundo entregado de lleno a administrar sus tierras. Y tal vez no hubiera sido más que eso si no hubiese tenido siempre en los oídos las palabras de Miranda y en la mente sus recuerdos europeos, y sus primeros desvelos de revolucionario en las logias gaditanas.

En este campo, en que todo era leche y mieles, frente al paisaje bucólico propicio al ánimo placentero, en la beatífica quietud de los atardeceres, pudo haberse malogrado el revolucionario en ciernes. Pero en su interior trabajaba algo

sin cesar. Un anhelo de reivindicar, de rehabilitar, de poner en su lugar lo que estaba injustamente alterado o aplazado. Antes, había lamentado la injusticia de su propia vida. Ahora, recobrada la legítima posición, sentía el impulso generoso de poner su esfuerzo al servicio de las nobles causas. Antes, fué sólo el oscuro Bernardo Riquelme: ahora era don Bernardo O'Higgins. Y pensaba en que su patria, postergada colonia, que sólo podía ostentar el nombre de Capitanía, podría y debería asumir en día próximo el nombre de República soberana, incorporándose con orgullo al concierto de naciones libres. O sea, el complejo de su propio drama, se sublimaba así en patrióticos entusiasmos.

Y oía la voz de Miranda, el jacobino irredento: "Ellos (los españoles) os despreciarán por haber nacido en América." ¡Siempre el nacimiento!

Por ello, en esos ocho años no estuvo inactivo y se vinculó en secreto, desde el retiro de sus faenas rurales, a los otros libertadores americanos. Esperaba la hora de actuar. Y la hora llegó.

#### IV

### *ANTES SOLDADO QUE GENERAL*

El trono de España, endeble ya por las veleidades de la querrela familiar entre Carlos IV y su hijo el Príncipe de Asturias, que más tarde sería Fernando VII, fué fácil presa del zarpazo napoleónico. La península fué invadida por las tropas del corso. Y la corona que hasta entonces habían ceñido los soberanos del mundo, fué puesta, como gorro de bufón, en la cabeza de José Bonaparte, aquel que para los españoles fuera el intruso Pepe Botella. Las colonias —españolas al fin—, no podían soportar esta humillación y decidieron regirse por Juntas de Gobierno mientras volvía el “muy amado Rey.” La verdad es que en esto no había sino un pretexto de oportunidad. En América, el fermento de la sedición había ya hecho su obra. Fué así como bien pronto se dió a esas Juntas el carácter de gobiernos autónomos, desligados en absoluto de la Corona. En Chile, el primer gobierno nacional se constituyó el 18 de Septiembre de 1810. No tardó, eso sí, el país, en experimentar las vacilaciones del noviciado. Su política interna se embrollaba cada vez más; ya eran los tres partidos que se disputaban el mando: el *godo*, absolutista, compuesto por lo general de españoles; el *pelucón*,

liberal, constituído por la aristocracia criolla, y el *insurgente*, republicano, integrado por los separatistas. Motines y cuarteladas se sucedían cada vez con más gravedad. El primero de Abril de 1811 estalló una revolución de carácter realista, que fué vencida con abundante derramamiento de sangre; era evidente que los patriotas ganaban terreno. En estas circunstancias se convoca a nuevas elecciones y estos aumentan sus fuerzas en el Congreso. La Cámara inicia solemnemente sus tareas el día 24 de Junio. Bernardo O'Higgins, es diputado y allá está con su minoría dispuesto a hacer una oposición implacable; carece de cualquiera de las circunstancias que caracterizan al orador parlamentario, pero el puesto le sirve muy bien para encubrir sus trabajos revolucionarios. Una tarde, en el mes de Septiembre, el presidente Cotapos, se encara con él y lo increpa violentamente:

—El honorable diputado es un conspirador vulgar indigno de sentarse entre nosotros.

El parlamentarismo se inaugura, pues, en Chile, como en todas partes, con esas pintorescas paradojas que permiten decirle al prójimo "honorable" e "indigno", al mismo tiempo. Se promueve un gran tumulto. O'Higgins, que toma las cosas con la entereza de su buena inspiración y la vehemencia de una limpia pasión, se da con frenesí al debate. Se agita; se congestiona. En la sala hay ambiente de barricada. Al salir a la calle, la traidora destemplanza del Septiembre cordillerano se adentra en su organismo y le ocasiona una pulmonía que lo retiene más de dos meses en cama. Entretanto, se piensa en convocar a nuevas elecciones para cubrir los puestos vacantes, se habla de un nuevo movimiento reaccionario para encarcelar a los díscolos, se trata de hacer reina de Chile a la infanta Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, como una solución de autonomía.

Pero el 29 de Julio ha desembarcado en Valparaíso, procedente de España, un nuevo personaje que entra en escena como un rayo. Es el joven oficial de húsares don José Miguel Carrera; pocos le igualan en valentía y ninguno en audacia. Carrera llega a Santiago, no tarda en hacerse cargo de la situación y comprende que no puede haber otro momento tan favorable para intentar un golpe de fuerza.

Los personajes que la historia ofrece en sus galerías, son —sin duda— infinitamente variados, tanto como pueden serlo los caracteres humanos. Pero siempre es posible agruparlos en dos tipos bien definidos: aquellos para quienes la gloria que dan las grandes causas es sólo una ambición voluptuosa de poderío, un néctar que aplaca su sed de mando, un espejo para contemplar con delectación narcisista y sensual la arrogancia de su figura, un pretexto para despertar la ajena admiración; y, aquellos que buscan en ella la solución de problemas íntimos, de inferioridades dolorosas, de revanchas contra complejos psicológicos o económicos. Unos y otros son igualmente grandes y acreedores a la gratitud de la posteridad. Las raíces subconscientes no rebajan el mérito de sus realizaciones. Sólo es preciso tener en cuenta esta clasificación para comprender mejor su conducta en determinadas circunstancias y los antagonismos inconciliables que a menudo surgen entre ellos. José Miguel Carrera, sin entredichos de nacimiento, perteneciente a una de las familias criollas de más pura aristocracia, azulado por la sangre hispana sin el menor mestizaje, de bizarra estampa, militar galoneado en los reales ejércitos, señorito mimado de los salones, pertenecía a los primeros. Veamos si no, su manera de actuar, apenas vuelto a la patria naciente.

Pide audiencia al Parlamento y el Congreso, como merced excepcional, se la concede. Por entre una muchedumbre,

hábilmente excitada, llega a la Cámara el joven oficial, montado a caballo, con uniforme de gran gala y solo, como se aparecen los príncipes de balada. Entra en el salón de sesiones y, colocándose con porte majestuoso ante la mesa presidencial, pronuncia un discurso muy elocuente que a todos deja conmovidos: habla de la anarquía que reina en la metrópoli, de cómo España agoniza entre las garras napoleónicas, de la necesidad de salvar a la patria, del brillante porvenir de Chile, y ofrece al Congreso su espada para la salvación del país. Una ovación ensordecedora acoge sus últimas palabras. Sale en hombros. La multitud lo vitorea por las plazas y arroja flores a su paso.

O'Higgins, hombre superior, que no sabe de envidias, está postrado en su lecho de enfermo cuando se entera de lo ocurrido y le envía sus felicitaciones. Carrera es el héroe nacional. Toda la familia del meteórico caudillo, en la cual nadie peca de tonto, se dispone a sacar partido de la victoria, y el 4 de Septiembre, su hermano Juan José, que también es oficial del ejército, entra en la Cámara con un batallón y, a culatazos, expulsa a los diputados. José Miguel constituye un directorio, del cual O'Higgins sólo transitoriamente forma parte substituyendo a Rozas, pero el 15 de Noviembre, acuerda prescindir también del Directorio y se proclama dictador.

La confusión se hace insoportable. Ya nadie sabe cuál es el camino que debe seguirse. Luchan los partidos entre sí, luchan las facciones dentro de cada partido, lucha el Congreso contra la dictadura, luchan los patriotas demócratas contra los dictatoriales, luchan unas provincias contra otras.

O'Higgins, que aspira a hacer Patria y no montoneras personalistas, que condena el maquiavelismo político, que intuye claramente la mezquindad y los móviles estrechos ocul-

tos en los problemas de aparente interés nacional que se debaten, renuncia el 3 de Diciembre a su tribuna de diputado, a su puesto en la Comisión Revolucionaria, a todos sus cargos y se retira a la vida privada. Lo que más le entristece, es contemplar la guerra que —como consecuencia de este estado de cosas— se abre entre Concepción, la provincia queridísima, y la capital, el comité central, la junta libertadora.

Diez días después de presentada esta dimisión, Carrera, alentado por sus triunfos, impone al país un régimen de decidida autocracia. Sin embargo, presintiendo que nada bueno puede derivarse de la hostilidad entre Concepción y Santiago, depone por un momento su orgullo personal y con hábil flexibilidad política visita a O'Higgins para pedirle su influyente y serena mediación. No hay duda que el encargo compromete mucho, pero el desinteresado patriota lo acepta con ejemplar grandeza, saliendo al día siguiente para el sur. Sabía que en esta gestión iba a pérdidas su ya afamada rectitud, y que en cierto modo significaba implicarse en las turbulencias negativas que había originado el impetuoso caudillo; pero al mismo tiempo, tiene confianza en que los asuntos se normalizarán y se impone el sacrificio en obsequio a los superiores intereses de la Patria.

Grandes dotes de diplomático se necesitaban para llevar a buen término gestión tan difícil como la de solucionar esta pendencia que adquiriera caracteres gravísimos. O'Higgins demostró poseerlas en alto grado, porque lo consiguió. Se hizo la reconciliación y se preparó el protocolo correspondiente. Pero Carrera, al ver liquidado el conflicto, olvidó las promesas hechas y mostró no querer firmar la ratificación del pacto que había de sellar las paces. La junta revolucionaria de Concepción se indigna y se dispone a la guerra,

pidiendo a O'Higgins el favor de organizar militarmente la provincia. Acepta éste. Los ejércitos del norte y del sur se ponen en marcha, buscándose. En el momento de la batalla, los generales adversarios se abrazan —O'Higgins no tiene en aquella hora puesto dirigente en el combate— y este nuevo pacto ensorbece a Carrera hasta el delirio.

Nuestro héroe, entonces, avergonzado y entristecido, consciente de que ha sido utilizado como instrumento de una astuta componenda, se retira a sus haciendas, desligándose de todos y de todo.

Nuevas horas de amargura caen otra vez, en diluvio nefasto, sobre el heroico patriota. Aquel abrazo del Maule entre Rozas y el padre de los Carreras, dos pacíficos ciudadanos puestos ocasionalmente al frente de ejércitos que habían de decidir la suerte de la patria, colmaba toda su paciencia. Así no es posible hacer nada —pensaba— y será necesario esperar a que las nuevas generaciones, con más ímpetu y menos prejuicios, se decidan a dar la batalla definitiva.

No es que desmaye en él la inquebrantable fe en la Patria Nueva. En el voluntario retiro que se impone revisa sus sentimientos, analiza los sucesos, relee el manuscrito que le entregara Miranda poco antes de su separación y que guarda en sus baules como preciado tesoro moral. “Consejos de un viejo sudamericano a un joven compatriota al regresar de Inglaterra a su país”, dice el título de aquel célebre código libertario. “No permitáis —le dice en un pasaje— que jamás se apodere de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez dáis entrada a estos sentimientos, os pondréis en la impotencia de servir a vuestra patria. Al contrario, fortaleced vuestro espíritu con la convicción de que no pasará ni un solo día, desde que volváis a vuestro país, sin que ocurran sucesos que os llenen de desconsolantes ideas sobre la

dignidad y el juicio de los hombres, aumentándose el abatimiento con la dificultad aparente de poner remedio a aquellos males”.

Sí. Él ya lo sabe: no se dejará abatir por el morbo de la decepción. Pero piensa en que tal vez no haya llegado la hora oportuna. A su espera, quiere mantenerse libre de las contaminaciones anárquicas del momento. Llega a concebir el propósito de vender sus haciendas y emigrar, expatriarse, marcharse, aguardar muy lejos el instante supremo. Tal vez supone, con acertada visión, que sólo cuando España sacuda el yugo napoleónico y envíe ejércitos a sofocar la revuelta será posible unificar a sus compatriotas ante el peligro común. Y eso está más próximo de lo que pudiera creerse. Corre Enero de 1813. De pronto le llegan noticias de graves sucesos que han ocurrido en San Vicente: el 26 de marzo ha desembarcado Pareja con una expedición realista que se dispone a dominar el país. El peligro es gravísimo, porque Pareja es hombre de condiciones excepcionales y las tropas que lo acompañan son aguerridas. No es posible quedarse de brazos cruzados. El grito de ¡viva el rey! resuena de norte a sur y no hay hogar que pueda permanecer insensible a la nueva contienda. Los caminos están repletos de soldados; las haciendas son abandonadas, porque los labradores corren armados a la llamada de los Concejos; por todas partes se levantan barricadas precipitadamente. O'Higgins reúne apresuradamente a las milicias de La Laja y, a su cabeza, corre a Concepción, enterándose en el camino de que la ciudad se ha rendido ya a los invasores. Se dirige a Talca, en donde se le reúne don José Miguel Carrera, al que acompañan siete húsares nada más. Ambos olvidan generosamente todo lo pasado y se comprometen a luchar juntos en la nueva empresa. Acuerdan un plan de combate y aquella misma noche da O'Higgins su primera batalla sor-

prendiendo y derrotando en Linares, con media docena de valientes, a un escuadrón de dragones. Este glorioso golpe de audacia es la primera victoria de la independencia chilena. La noticia vuela de aldea en aldea y de pueblo en pueblo, O'Higgins es aclamado unánimemente como el libertador, y la junta central de Santiago lo asciende en el acto a coronel, parte como premio al inaudito triunfo alcanzado y parte para premiar tantos años de tenaces esfuerzos, de nobles renunciaciones y de abnegados sacrificios. En una campaña rapidísima que dura sólo cuarenta días, vence en Yerbas Buenas y en San Carlos, se adueña del Ñuble y del Bio-Bio, y, siempre en vanguardia, siempre luchando con sólo una partida de jinetes que lo secundan en magnífica táctica guerrillera, conquista la fortaleza de los Angeles, en cuyo asalto sólo treinta y dos hombres lo acompañaron. Vende sus bienes personales y con ellos equipa una columna de mil soldados, con los cuales combate bizarramente en El Tejar y Maipón, en Gomero y Quilacoya, en Guilquilemo y Lajuelas, dejando por donde va una estela imborrable de heroísmo. Vence en la difícil batalla de El Roble, donde le matan el caballo, donde le atraviesan una pierna, donde tiene que rehacerse milagrosamente ante la sorpresa del enemigo que a media noche le ha invadido el campamento, donde con razón la patria pudo apellidarle *el invicto*. En consecuencia de esta batalla la junta central se trasladó a Talca y, en sesión aquí celebrada, acordó destituir a Carrera —que era el jefe supremo del ejército— y ascender a O'Higgins al grado de general. Otro, que no fuera él, habría desbordado de júbilo ante la posibilidad del mando absoluto. Pero no olvidemos su clasificación en la tipología histórica que nos hemos trazado. No era de aquellos que sienten la gloria como voluptuoso licor o bizarro espejo. No quería gloria. Buscaba Patria. Antes que remontar el vuelo con las

alas de cera de Icaro, prefería asentar con pies de plomo sobre realidades concretas. Quería poner pecho a la metralla como combatiente de vanguardia. Antes soldado que general. Cuando recibió, pues, la oferta del generalato en su campamento de Itata, adonde se había trasladado después de la victoria de El Roble, se resistía, confundido, a aceptar el ascenso. Rudo, disciplinado, parco, sobrio, dueño de un estricto sentido de autocrítica, era severo consigo mismo y —patriota hasta la última posibilidad del concepto— exigía condiciones casi sobrehumanas al hombre que asumiera la responsabilidad de una lucha tan decisiva. Él las tenía, sin embargo. En su pundonor llegó hasta desoír las instancias de su venerable amigo don Juan Mackenna que lo apremiaba, en nombre de Chile, a tomar el mando.

Por fin, después de tres meses de vacilaciones y sólo cuando se dió cuenta de que la acefalía del Ejército podría causar una nueva guerra civil, aceptó la honrosa designación. O sea, fué a título de patriótico sacrificio como el soldado de vanguardia accedió a convertirse en general.

## V

### *DEL SUPPLICIO A LA GLORIA*

Días tristísimos esperaban al patriota en su nueva misión. A las campañas triunfales de 1813 habían de suceder las jornadas aciagas de 1814, que lo hubiesen aniquilado de no tener un temperamento tan firme y decidido. Rehechos los realistas recrudecen la ofensiva, y la nueva campaña, mucho más violenta que todas las anteriores, acaba con los tratados de Lircai de tan doloroso recuerdo. El pueblo, desilusionado, irrumpe revolucionariamente en las calles y llama al poder a los Carreras. Mackenna es deportado a Mendoza; Lastra es también expatriado, y buena parte de los oficiales superiores del ejército vencido son encerrados en prisión.

Pero aun quedaba mucha hiel en el cáliz de la amargura que O'Higgins tenía que apurar hasta las últimas gotas. Quedaba el suplicio de Rancagua, momento épico del cual ha dicho Vicuña Mackenna: "En el sentido nacional, Rancagua es único y sublime. No maravilla en sus soldados el que supieran morir, pues como tales morían cada hora, habiéndose hecho cosa vulgar el heroísmo. Pero lo que es digno de la admiración de un siglo y de cien siglos, es la resolución fija, invariable, indes-

tractible de morir, y la constancia en este propósito sublime. Rancagua, como hecho de armas, no fué, ni era dable que fuese una batalla: fué sólo una matanza. Su plaza no era una fortaleza, era un cementerio. Al primer tiro de cañón todas las banderas de la patria se cubrieron espontáneamente de fajas de crespón, y de lo alto de las torres flotaba al aire, cual la mortaja de la gloria, el paño negro que en la guerra es anuncio de que la vida no se concede ni se pide. Como en Zaragoza, el ejército chileno hacía sus funerales antes de ir a los baluartes; y en verdad en los días de Rancagua tuvieron lugar los funerales de Chile, naciente deidad que al ver a sus hijos y a sus adalides con el puñal desnudo para acometerla, habíase envuelto en el manto de César para morir honrada”.

Es el 1º de Octubre de 1814. O’Higgins ya no es general en jefe, sino simplemente brigadier, correspondiendo a Carrera el comando supremo de las tropas. Los soldados chilenos están cercados en al indefensa plaza por un ejército tres veces superior que ha vadeado el río durante la noche. O’Higgins, desde lo alto de la torre de la Merced, ve que cuatro poderosas columnas avanzan dispuestas a aniquilar al puñado de valientes que lo acompañan. Son la diez de la mañana cuando se rompe el fuego de cañón de un bando a otro, registrándose poco después el primer asalto, que dura más de una hora. Los realistas avanzan a bayoneta calada y en el feroz cuerpo a cuerpo se registran inauditas escenas de valor. El asalto ha de repetirse hasta cuatro veces durante este día memorable. Cuando cae la noche la mayor parte de las casas están derruidas y por entre los escombros gimen docenas y docenas de heridos que continúan disparando hasta quedarse sin fuerzas. Nadie había comido durante el día y nadie puede dormir en esta noche lóbrega. Apenas apunta el alba del segundo día O’Higgins sube nuevamente a la torre de la Merced para hacerse cargo

de la situación y comprueba que no puede ser más desesperada: el enemigo ocupa buena parte del poblado y hace fuego por la espalda a los que defienden aquellos baluartes que es preciso sostener a toda costa. Antes de mediodía los sitiados tienen que resistir dos nuevos asaltos que golpean como arietes sobre nuestros desfallecidos soldados. La mortandad es horrosa; las calles semejan ríos de sangre. Cuando todo parece perdido, los vigías avisan que llega de refuerzo don Luis Carrera al frente de sus jinetes, renacen los ánimos, se multiplican los vítores, pero el escuadrón salvador no tarda en ser completamente derrotado. Todavía no son las dos cuando se produce el primer asalto general. Los realistas incendian la vereda derecha de la calle de San Francisco y una chispa hace volar el polvorín, que se custodia en la plaza. Los muertos se amontonan en las bocacalles; ya no quedan sino los dragones en condiciones de pelear. Sánchez, Vial, Medina, Astorga, Millán, Freire, Anguita, Urrutia, Flores, Ibáñez, los bravos capitanes de esta jornada incomparable, han muerto ya o esperan a pie firme la muerte en lo más alto de los parapetos. Va a caer la tarde y Elorriaga, que manda en jefe la línea de ataque, ordena un nuevo asalto general. Ya es inútil la resistencia. En una barricada sólo quedan tres hombres.

Y fué en ese instante preciso, cuando se escribió con sangre de héroes una de las páginas más gloriosas de la historia chilena, al convertirse una derrota de armas en radiante victoria moral. Era la hora en que, sin mengua de su honra de soldados valientes, los defensores de la plaza pudieron haber cambiado la vida por el cautiverio. Pero O'Higgins ordena la retirada sobre Santiago —retirada hacia adelante, dando el pecho, rompiendo el cerco— y, con los pocos sobrevivientes que quedan se abre paso a sablazos por entre las filas adversarias.

Rancagua arde por los cuatro costados y el resplandor siniestro de aquella hoguera ilumina el paso de esos héroes que, victoriosos en el desastre, divisan ya en el horizonte la aurora de un triunfo reparador, que pregonarán algún día los clarines de la libertad.

O'Higgins, ante el fracaso, decide marcharse a la Argentina dejando libre el campo para que otros lo defiendan con más fortuna. Pocos hombres en la historia han vivido horas tan amargas como las que pasó el caudillo chileno en este éxodo desgarrador. Lleva consigo a su madre y a su hermana y va acompañado por media docena de leales que prefieren morir antes de abandonarlo. No dispone más que de dos o tres caballos y tiene que hacer el viaje a pie, por la cordillera cubierta de nieve y sin encontrar quien le preste el menor auxilio. Muchas veces se pierden y muchas veces el hambre los desmaya. Todos se dan por rendidos y sólo O'Higgins permanece tranquilo, imperturbable, como si nada malo ocurriese a su alrededor. El gran soldado —que ahora escribe una página de inmenso heroísmo— rueda de tumbo en tumbo por el precipicio de la desventura sin lanzar una queja, ni un lamento, ni una protesta.

Al otro lado de los Andes, explayada en llanuras inmensas, como una mano cordial, esperaba a las dispersas caravanas chilenas el refugio de una tierra hermana: la naciente República Argentina. Con más suerte, pero no sin menos vicisitudes, las Provincias Unidas del Plata habían logrado sacudir el yugo español y se aprestaban a sostener la libertad frente a las pretensiones de reconquista que ensombrecían el horizonte. Un genio de la guerra, un estratega formidable de aquellos que las grandes épocas ofrecen como síntesis de sus inquietudes, había dado curso feliz a la contienda. Era el General don José de San Martín. Hijo de un capitán español, nacido entre

las piedras de un campamento —Yapeyú— toda su vida había sido un disciplinado y permanente ejercicio militar. Enrolado al ejército peninsular había hecho sus primeras armas en Orán, bajo el inclemente sol africano. Con las armas en la mano, había ganado sus galones, contra los ingleses, contra Napoleón. Era, en suma, un veterano fogueado en las grandes lides. Todo en él se conjuraba para dar esa resultante bélica que puede ser la salvación o la ruina de los pueblos. En efecto, su genio marcial bien pudo haberlo arrastrado al cesarismo dominador e imperialista. Sin embargo, ¡cuán distante estuvo siempre de esta actitud! Jamás se ha dado ejemplo más puro de civismo junto a las virtudes de la guerra. Previsor hasta la videncia, intuyó que la libertad de su patria no podía reconocer el límite de una frontera geográfica. Reconoció que el poder español no sería aniquilado hasta que no recibiera su golpe de gracia en el núcleo vital de su potencia americana, que era Lima, la capital del Virreinato más importante del continente. Sus dotes de estrategia le hicieron comprender a tiempo que no era buscando pasos inaccesibles por el norte argentino como sería factible la magna empresa. Sus ojos miraron hacia las provincias cordilleranas de Cuyo, donde debía reclutarse un ejército que juntando sus esfuerzos a las armas chilenas alcanzara la ruta del éxito a lo largo del Pacífico. Por eso pidió que se le designara Gobernador Intendente de esas provincias, que gracias a su intuición pasaron a ser el corazón que daría ritmo eterno a la libertad y la confraternidad de tres naciones. Corría, precisamente, el año 1814, fecha infausta del descalabro chileno.

Tales eran los designios que alentaban en Cuyo al arribo de O'Higgins y sus deshechas huestes.

Llegando a Mendoza el panorama cambia por completo. San Martín lo recibe con los brazos abiertos y el gobierno de

Posadas, desde Buenos Aires, le ofrece su hospitalidad ilimitada. Poco más de un mes pasa con el libertador argentino que lo colma de atenciones y agasajos. Las mejores casas de la próspera capital cuyana le abren sus puertas y en la mesa de todos los convites ocupa siempre la cabecera. No se importa de todos estos homenajes, pero comprende lo que significan para el triunfo de su causa, hasta qué punto prueban la confianza que su nombre inspira en el exterior, cómo pueden traducirse en asistencias utilísimas cuando llegue la hora de una nueva intentona, y se siente satisfecho, contento, entusiasmado. Su madre es la primera en llamarle la atención sobre el significado de las adhesiones y su hermana la más constante en destacárselas, porque sabe cuánto lo reconfortan y reaniman. Y si esto es aquí —le dicen— calcula lo que será en Buenos Aires, donde tu nombre ya es célebre.

—Conviene aprovechar esta ola de simpatía —le aconseja la hermana—. Ahora te concederán cuanto pidas y, sólo con un pequeño auxilio que te presten, estás en condiciones de derrotar para siempre a los realistas.

Y, decidido, parte con sus gentes a Buenos Aires.

Pero también en las Provincias Unidas del Plata el desbarajuste político hacía sentir sus veleidades. Hubo cambios de gobierno. Carrera, que había llegado ya a Buenos Aires con sus hermanos y partidarios se supo captar la voluntad de Alvear que asumió el poder por algún tiempo, e hizo prevalecer su influencia con desmedro —por supuesto— de las posibilidades de apoyo que pudo obtener O'Higgins.

Estaba de Dios que nuestro héroe había de pasar tres años oscilando en violentas y agotadoras alternativas, y a los alegres días de Mendoza sucedieron largos meses bonaerenses de agobios y penurias. Llegaron a quedarse sin un centavo, a no tener ni para aquellas desabridas colaciones con que iban

entreteniéndolo los agudos ayunos del destierro. Primero su madre se dedicó a fabricar dulces caseros que la hija iba a vender de puerta en puerta por las casas de los conocidos; luego madre e hija se dedicaron también a liar cigarrillos que los contertulios del general distribuían a bajo precio entre parientes y amigos. Refugiada en una vivienda misérrima, cuya lóbreguez aumentaba la tristeza que a todos por igual agobiaba, la pobre familia llegó a no tener ni para vestirse. Pero lo que más afligía al caudillo era pensar en que así, desamparado e inerme, nada haría ni por Chile ni por América. Por eso, cuando se anunció que la expedición Morillo amagaba con un desembarco en Buenos Aires, Don Bernardo se ofreció a los argentinos, no como general ni como oficial, sino simplemente como soldado, porque en realidad lo que quería era servir para algo en la empresa de la emancipación continental.

A mediados de 1816 volvemos a encontrarlo en Mendoza, adonde se fuera atraído por la fraternal amistad de San Martín, nombrado comandante en jefe de los ejércitos libertadores. Es muy digna de destacarse la amistad que al través de sus vidas próceres unió a ambos generales. No se pueden precisar aún los umbrales de esta mutua estima, a la cual tanto debemos argentinos y chilenos. Ciertos historiadores creen que fué bajo el cielo luminoso de Cádiz, otros entre los infinitos horizontes de América; pero lo cierto es que esta amistad, ejemplo de suprema grandeza, se mantuvo inquebrantable a lo largo del espinoso sendero que tuvo que recorrer la independencia americana, y que ella, cimentada en las sólidas bases de la sinceridad, afirmada en las mutuas ayudas y probada en el suplicio de todas las renunciaciones, fué el peldaño más firme por el que se encumbró la independencia de nuestros pueblos. Por ayudarlo se entretiene en dirigir una escuela militar recién fundada, en cuyo campamento adiestra a los

cadetes en los ejercicios tácticos. Presenta un plan para acometer de una vez la obra de la independencia chilena y, temblando de dicha, recibe la noticia de que ha sido aceptado. Columnas bien nutridas y pertrechadas van a escalar los Andes camino de Santiago, y O'Higgins irá con ellas en el puesto que por derecho propio le corresponde. Nueva alternativa en la agitada vida de nuestro héroe, que ahora lo sitúa a pleno sol de la victoria. Sale por fin la expedición y en ella lleva O'Higgins el mando de los batallones 7 y 8 que, con un escuadrón de granaderos y dos piezas de artillería, forman la división del centro. Los eternos decoradores de la historia, con explicable devoción por cierto, acostumbran presentarnos el épico Paso de los Andes en crónicas brillantes o cuadros de deslumbrante colorido, como si hubiese sido cumplido por soldados de un Ejército de escenario, luciendo vistosos uniformes, siguiendo a sus jefes vestidos de gala, con airosa escolta de cóndores y artificioso fondo de montañas empenachadas con nieves de chantilly. El hecho es que, idealizando la verdad, la alteran con mengua de su incomparable grandeza. Aquello fué titánico por la escasez de los medios y la inmensidad de los obstáculos. Bajo chiripáes de gauchos y mantas de huaso, con aperos campesinos, a lomo de mula, resbalando aquí y allá, durmiendo a la jineta, pues no había donde acampar, bajo implacables y salvajes tormentas de nieve, aquellos soldados no llevaban, en verdad, más equipo que el de su fervor libertario. El 21 de Enero de 1817, quince días después de su salida de Mendoza, O'Higgins ya está acampado con sus fuerzas en el valle de Putaendo, sobre la sagrada tierra de Chile. A cualquier hora sobrevendrá la gran batalla.

Si en el regazo de una hora despreocupada O'Higgins pensó en los mil acontecimientos que lo asietaron durante estos tres últimos años, con seguridad se sintió feliz. Con la preci-

sión del péndulo, que va y viene marcando invariable e isócrono el paso matemático del tiempo, venturas y aflicciones habían caído sobre su alma, alternadas con exactitud puntualísima. Su corazón latía como un reloj cuyos sones y silencios fijaban exactamente el horario chileno. Era su aventura para la patria el reloj de la vida y de la muerte, porque de su triunfo y su fracaso dependía inexorablemente la suerte de la nacionalidad. El péndulo venía de la adversidad y era natural que oscilase ahora hacia el lado de la fortuna.

Amanece el día 12 de febrero de 1817. El enemigo está acampado en lo alto de un cerro cuando percibe que sobre él avanzan los libertadores. Maroto, que manda a los realistas, teme verse cercado y, descendiendo al valle, avanza sobre una pequeña villa cuyas casas pueden servirle de fortines. O'Higgins corre a cortar el camino, encargado de simular un ataque, para que el general Soler pueda golpear por el flanco a la sorprendida columna, pero oye los cantos patrióticos de sus tropas, sopesa instintivamente el poder de los jinetes que le siguen, ve la pequeña población indefensa y se acuerda de aquellos dos horrendos días de Rancagua y, haciendo caso omiso de los planes combinados, quebrantando las órdenes recibidas, tomando sobre sí iniciativas que no le correspondían pero sí una responsabilidad que a él cabía más que a nadie, porque él era Chile, carga al galope y se precipita sobre los adversarios. La batalla fué feroz, implacable, y tan rápidamente se decidió que los soldados de Soler no tuvieron ni tiempo ni oportunidad para disparar un solo tiro. Antes de dos horas los realistas vencidos entregaban sus armas.

San Martín fué el cerebro de esta batalla en que la corona de España perdía uno de sus más gallardos florones. Sus luces de estrategia planearon el triunfo. Pero O'Higgins fué el brazo fúlgido y audaz que extralimitando el valor pudo haber malo-

grado la victoria. Sin embargo, el inmortal argentino, que no ahorra efusiones para estimular el arrojo de sus soldados, premió con abrazo aquella afortunada indisciplina. Juntos ya en el poblado, el sol del mediodía, pudo nimbear a un tiempo ambas cabezas preclaras. Aquella noche en millares de casas chilenas, por donde las nuevas iban pasando como un eco, se rezaron oraciones de gracias entrecortadas por comentarios que estallaban acompasando el chisporroteo de los hogares:

—¡O'Higgins ha vuelto!

—¡Es O'Higgins el vencedor! Los aniquiló en Chacabuco.

—¡Ya está otra vez O'Higgins con nosotros!

—¡Chacabuco! . . . Fué en Chacabuco . . .

Y O'Higgins, que como un péndulo iba y venía de la paz a la guerra, de la dicha al duelo, del infortunio a la grandeza, de la derrota a la victoria, marcó en el reloj de la patria la radiante hora del alba.

## VI

### *EL ABRAZO DE MAIPÚ*

Al día siguiente de Chacabuco, O'Higgins fué designado Director de Chile y sus compatriotas confirmaron entusiasmados el nombramiento en una asamblea que se reunió al efecto en el Cabildo de Santiago.

Seis años había de dirigir los destinos de la patria, como jefe supremo de la nación: desde el 13 de Febrero de 1817 al 28 de Enero de 1823.

La primero que hace el caudillo al posesionarse del mando es emprender una expedición al Sur, que aun se conserva bajo el poder de los realistas. Se dirige a Concepción, donde establece su cuartel general, y de allí pasa a intentar la conquista de Talcahuano, que es el reducto, al parecer inexpugnable, de los enemigos. Nada se puede decidir en una sola batalla y la acometida se transforma en cerco. Transcurre un mes, y otro y otro. Al fin decidió un asalto, pero la suerte no le acompañó. El 5 de Enero de 1818 levanta el cerco por orden de San Martín y, obedeciendo a un plan escrupulosamente estudiado, se repliega. Los realistas, creyéndolo en franca derrota, lo siguen a uña de caballo. Se pasan algunos días en pequeñas escaramuzas.

En Cancha Rayada, cerca de Talca —ciudad que ocupaban los realistas— son sorprendidos por importantes fuerzas que los atacan a la caída de la tarde del día 19. Nueva terrible batalla, que dura toda la noche, en la que O'Higgins cae gravemente herido, y los patriotas sufren una derrota agobiadora.

Afortunadamente, por inspiración providencial, el general argentino don Juan Gregorio Las Heras, logra salvar intacta el ala derecha del ejército patriota y acude a marcha forzada a reunirse con San Martín que acampaba con ocho mil hombres a orillas del Tinguiririca en el valle de San Fernando.

Entretanto, la noticia del desastre ha llegado a Santiago con la celeridad del viento. Todos creen muerto a O'Higgins y juzgan perdida para siempre la posibilidad del triunfo. Tocan las campanas a rebato convocando al vecindario. Oradores improvisados arengan a las masas enardeciéndolas para la defensa. Durante los últimos meses la capital chilena ha siesteado sobre los laureles de Chacabuco, mecida por las ráfagas placenteras de la libertad. Mientras O'Higgins, en el sur, ha sufrido penurias sin cuento, los santiaguinos a la espera de nuevos triunfos, se han dado a resarcirse de las zozobras pasadas. Eran los días en que un mandatario interino, don Hilarión de la Quintana, tan ostentoso como su nombre, hacía formar la guardia de palacio varias veces al día para recibir sus honores; en que los estrados encendían las luces de continuas fiestas, animadas por esa "corte porteña" de gallardos bonaerenses que dejaron el recuerdo de inolvidables episodios galantes; en que un ministro tan buen vividor como el doctor Villegas escribía cartas de este tenor al atareado General O'Higgins: "El 18 celebramos la gran función de nuestro aniversario político, y el Domingo 21 dimos un gran baile con ramillete y cena que duró hasta el amanecer, viniendo

después a rematar el baile a las ocho y media de hoy en la plaza mayor, siguiendo después el almuerzo, y dicen que esta noche son los conchos del baile. Ojalá se concluya ese maldito Talcahuano para que venga usted a tener igual gusto y a dárselo a sus amigos que ansiamos por verlo y tenerlo a nuestro lado”.

La mala nueva de Cancha Rayada obró, pues, en los ánimos, como un doloroso despertar, y el pueblo, depositario de las más puras virtudes de la chilenidad, fué el primero en reconocer la gravedad de la hora. Fué entonces cuando —al igual que en todas las ocasiones de peligrosa inminencia— se hizo presente, con su característica ubicuidad, su estampa de novela, su audacia y su valor, Manuel Rodríguez, el guerrillero, el hombre de la tribuna y de la barricada, el caudillo popular por antonomasia: “huaso” en los campos y “roto” en las ciudades. Manuel Rodríguez es el perfil bizarro y pintoresco de la revolución chilena. Tenía, en su sangre andaluza, arrestos de toreador. Era el hombre del lance, de la aventura, del golpe teatral. Un mágico escotillón lo ocultaba siempre de sus perseguidores y también como en los trucos escénicos aparecía en forma inesperada a decidir un triunfo. Bromista, ladino, taimado, listo, temerario, fué para sus contemporáneos y es para la historia el símbolo más exacto del pueblo chileno. Es que había surgido del seno mismo de ese pueblo. Despierto e inteligente, pudo hacer estudios superiores y se tituló de abogado. Y abrazó la causa revolucionaria con místico ardor. Su cabeza fué puesta a precio innumerables veces por los realistas. Pero él andaba entre ellos, tomaba parte en sus conversaciones, hasta sabía darles consejos, burlándose en sus propias barbas. A veces era el fraile que predicaba el amor a Dios y excomulgaba desde el púlpito a ese “satánico Rodríguez”. A veces era un palurdo arriero cordillerano que llevaba un

mensaje de San Martín u O'Higgins a los patriotas cautivos mientras se organizaba en Mendoza el Ejército Libertador. A veces era el harapiento mendigo que abría la portezuela de la calesa de Marcó del Pont, gobernador de Chile durante la Reconquista. Y así, siempre ponía su cabeza al alcance de los que le habían fijado un precio y jamás pudo nadie tomarla como pingüe mercancía. Después de Cancha Rayada fué, en Santiago, el hombre de la situación. En medio de las plazas, con pintorescas imágenes de orador callejero, alentaba a las multitudes. "Aún hay Patria, ciudadanos" —les decía—. Su voz llegó a ser un evangelio. Todos le obedecían. Fué, sin lugar a dudas, el dictador de Santiago durante esos días en que el pánico pudo haberlo desbaratado todo. Organizó el Escuadrón de los Húsares de la Muerte, que con él al frente, salió a las puertas de la capital pidiendo el primer puesto en la vanguardia.

O'Higgins llegó, por fin, a Santiago disuadiendo con su presencia los rumores que corrían de su muerte. Pero el General venía postrado en su camilla de herido. Entretanto, San Martín se había replegado a los llanos de Maipo con el grueso de sus tropas, al que se sumaron los valientes Húsares de Rodríguez.

Llegó así el día 5 de Abril de 1818.

Durante la víspera, Santiago —en medio de su nerviosa expectativa— asistió conmovida a un milagro de heroísmo. El General O'Higgins dejaba su lecho de enfermo, montaba su caballo y se lanzaba a las calles, con el brazo aún sangrante, en cabestrillo de inválido, llamando al pueblo a formar la Reserva Extraordinaria. Allá fueron tras él mozuelos imberbes que mal sabían cargar el fusil, ancianos que parecían desfallecer bajo el peso de la mochila, damas de la aristocracia y humildes obreras que querían también su lugar en el combate,

mendigós rápidamente armados con palos y cuchillos e hidalgos que no teniendo ya de qué echar mano descolgaron ese día las corroídas espadas de sus panoplias.

Pero aquella reserva se hizo inútil. El Gran General San Martín, mediante un hábil golpe de su estrategia, puso en fuga a las fuerzas realistas. ¡Excelsior! El sol de la libertad alumbraría para siempre a los pueblos del sur de América.

O'Higgins, impaciente de pólvora y anheloso de nuevos heroísmos llegó, sostenido a duras penas sobre su corcel de batalla, a tomar su lugar en el combate. Pero sólo tuvo que usar su único brazo hábil en echarlo al cuello del gran general argentino. El triunfo estaba sellado.

"¡Gloria al Salvador de Chile!" —dijo abrazando a San Martín.

"¡Chile no olvidará jamás —respondió éste— el nombre del ilustre inválido que el día de hoy se presenta en este estado al campo de batalla!"

Desde ese momento O'Higgins ya no es el atrevido capitán de Linares, ni el valiente coronel de Yerbas-Buenas, ni el venerado general de El Roble, ni el animadísimo caudillo de Chacabuco; es un dios. Las gentes dicen su nombre como rezando; las multitudes se inclinan a su paso como alucinadas. Su gobierno más que una república es un patriarcado y en él pobres y ricos prefieren llamarse hijos que ciudadanos.

El 30 de Agosto, restablecido de las heridas que lo tuvieron al borde de la tumba, se va a Valparaíso a vigilar el equipo del "*Lautaro*" y del "*San Martín*" —porque Chile tiene ya dos barcos de guerra— que irán a Valdivia y Chiloé a dar una batida a los últimos realistas que se parapetan aún en esas fortalezas sureñas. Allí, ante las inmensas perspectivas del mar, piensa en que la obra no está aún concluida. En conversaciones con San Martín reanuda los antiguos planes mendocinos

de ir por el Pacífico a asestar un golpe de gracia al poderío español en su misma sede: Lima. El General argentino lo alienta y le dice que aquella empresa debe planearse y acometerse por Chile y con recursos chilenos, pues el gobierno de Buenos Aires, no parece muy dispuesto a estimularla. Desde ese momento, el soldado que antes tuvo escrúpulos de ser General, es el General que no quiere ser gobernante sin cumplir con las armas las proezas que aún quedan por realizar, y se da por entero a los preparativos de la emancipación peruana. Eran días de feliz inspiración en que América no reconocía fronteras geográficas y los intereses de todos sus hijos se contemplaban con criterio de nacionalidad. Además, O'Higgins sentía por Lima un cariño entrañable no olvidando tal vez que su padre había alcanzado en ella los altos honores de Virrey. El éxito logrado por el "Lautaro" y el "San Martín" en su expedición al sur, fué otro factor que terminó por decidirlo. Exigiendo al incipiente y ya extenuado erario nacional gravámenes que apenas si podía soportar, invocando el patriotismo de los chilenos, haciendo comprender a sus conciudadanos la significación de la empresa pudo, dos años después, contar con una escuadra fuerte de veinticuatro naves, casi en su mayoría fragatas: nueve de guerra y quince de transporte. Llevaría a su bordo 6.914 expedicionarios entre jefes, oficiales, tropas del Ejército Libertador chileno-argentino y la marinería chilena, cuyo jefe sería el intrépido marino inglés, Almirante Lord Cochrane. Por fin, el 20 de Agosto de 1820 puso proa al viento la Escuadra que a su bordo llevaba un precioso cargamento de libertad. Era aquél justamente el día de San Bernardo. El caudillo estuvo presente en el momento de zarpar para empujar con su ardor la profecía, para despedir a la escuadra libertadora que, al caer el sol, hace rumbo al Callao donde consagrará la independencia

peruana. O'Higgins, erguido sobre una cordillera de laureles, es el portaestandarte de la libertad sudamericana.

Cuando ya la Escuadra se escorzaba en la bruma de lontananza, O'Higgins, subiendo la cuesta del Alto del Puerto, detiene el caballo, se vuelve para mirar la bahía y, señalando los diminutos navíos, dice a sus ayudantes: "De esas cuatro tablas, depende no sólo la libertad de Chile, sino también la libertad de nuestra América".

Pero el caudillo es demasiado bueno y, en el fondo, demasiado inocente. Ha nacido para pelear, para combatir, para vivir en los campos de batalla, y no para encerrarse en las reparticiones parapetado entre murallas de códigos que ni entiende, ni quiere entender, ni podrá entender nunca. Los políticos lo conocen bien y juegan con él a su antojo. Lo seducen sin dificultad, lo ofuscan fácilmente y luego lo engañan sin contemplaciones. ¿Qué sabe el general de los mil problemas que el derecho constitucional entraña? Se confía en sus colaboradores, en la ciencia jurídica y en la experiencia administrativa de aquellos amigos que con tan bellas palabras se le han ofrecido, y ellos lo están traicionando día por medio, y, lo que es mucho peor, en provecho de parientes y ahijados que pregonan descarados por las plazas la gran vergüenza del nuevo nepotismo. Si alguien le advierte con lealtad:

—General, le están engañando; es preciso cambiar de rumbo. Así acabará por hundirse todo...

Contesta malhumorado:

—Ustedes acabarán por volverme loco. ¿Qué quieren, en fin? Se llevan como el perro y el gato. Si alguno da la espalda, ya tengo que poner oído a lo que van a decir de él. Y ese mismo volverá luego a hablarme de otro. ¿Qué es esto? Si gobierno es comadreo, no quiero gobierno...

—Estudie, caso por caso, las denuncias.

—Pero no tengo tiempo, ni sé, ni me considero capaz para ello. Lo mejor es que me dejen marchar otra vez junto a mis soldados.

—Eso nunca: Usted es un símbolo y tiene que estar en donde está.

Y en realidad está en la rueda de todos los suplicios, antes el héroe de la nación chilena y ahora su mártir.

Cunde el descontento. El pueblo ya está seguro, ya olvidó las jornadas inciertas de la guerra, y, dando oídos al chismorreo que ha invadido calles y cafés, se hace lenguas contra el gobierno sin importarse de quién es el presidente. Los más benévolos insinúan:

—¡Si echase a Rodríguez!... Rodríguez es la sombra negra.

Pero el General cree que Rodríguez es un sabio y un santo, y no se decide a prescindir de sus servicios. Además, no puede olvidar su heroísmo durante la Revolución, ni esa oportuna habilidad con que organizó el famoso Escuadrón de los Húsares. No alcanza a darse cuenta de que aquél díscolo rebelde, nacido para estar siempre en la oposición, puede jugarle más de una mala pasada. Sólo abre los ojos cuando Concepción se subleva y la sedición cunde de provincia en provincia. Entonces sí, pero ya es demasiado tarde: la bola de nieve está a media pendiente de la montaña. Manda emisarios de paz a todas las capitales amotinadas, y el 26 de Enero de 1823 un enviado especial al general Freire que, desde el Sur, ya viene con sus tropas sobre Santiago.

Y el día 28 estalla la gran revolución santiaguina.

Desde muy temprano las calles están llenas de ciudadanos; unos que simplemente curiosoan, otros que vienen a cumplir el audaz plan de la conjura. Sustos, carreras, algún tiro aislado en los arrabales. Los alborotos se suceden de un barrio

a otro. Hasta en el más retraído rincón de familia se pronuncia con acritud el nombre del Director Supremo. Pronto va propagándose el contagio colectivo hasta que llega un momento en que la ciudad entera habla por la boca tumultuosa de la muchedumbre, que ya se derrama por las calzadas.

Las personalidades más notables acuden a la intendencia para encauzar la asonada y dar carácter civil al movimiento: cualquier cosa menos una sublevación militar. Las campanas de la catedral avisan que son las doce. La Plaza de Armas está llena de gentío que, al no ver a ningún soldado, empieza a recelar. ¿Estarán contra nosotros? ¿Saldrán los regimientos para acuchillarnos? El intendente Guzmán va hasta el palacio presidencial para suplicar a O'Higgins que comparezca ante la asamblea de vecinos, pero se le recibe de malos modos. Al dar cuenta del incidente se promueve enorme confusión y al fin se acuerda elegir un directorio que enfrente al Presidente; dicho directorio, al hacerse cargo de su autoridad, hace la siguiente categórica declaración:

“1º La persona de D. Bernardo O'Higgins es inviolable y sagrada.

2º Cualquier atentado cometido contra él será considerado como un delito perpetrado contra el primer magistrado de la República”.

O'Higgins no se entera de esta disposición de ánimos y se dirige a los cuarteles en busca del apoyo de la guarnición; desea que se mantenga incólume, a toda costa, el prestigio de la autoridad presidencial. Entra en los pabellones de la escolta, y al saber que su comandante simpatiza con los amotinados, lo lo degrada y lo echa a la calle. Lleva al escuadrón hasta la Plaza y se dirige al cuartel de la Guardia de Honor. También aquí forma las tropas y al ponerse a su frente para salir, el comandante le replica sobrio y digno:

—Este lugar es el mío.

Con superior humildad acepta O'Higgins la lección y el comandante de la guardia toma el mando que le corresponde y marcha a unirse silenciosamente con los otros escuadrones.

Ya la Plaza de Armas está llena de soldados y O'Higgins cabalga ante ellos esperando la menor oportunidad para abrir fuego. Varios amigos se acercan a suplicarle:

—Suba unos instantes a la Intendencia, no desprecie el llamado de la asamblea, todo puede arreglarse.

Pero O'Higgins parece empeñado en desencadenar una catástrofe.

Una comisión, como último recurso, corre a pedir a Doña Isabel que interceda para evitar un día de luto, y la anciana madre del general contesta altanera:

—Eso sería una humillación para mi hijo, y antes quiero verlo muerto que deshonrado.

Son las cinco y media de la tarde. Un poco más y, en la noche, nadie será capaz de mantener el orden. Estamos al borde de la anarquía. Entonces O'Higgins, que se hace cargo de la inmensa responsabilidad que contrae, que no repara en sacrificios si en verdad se trata de servir a la patria, que no le importa arrodillarse si lo hace ante el altar de Chile, deja el caballo al ordenanza y, sin que nadie se lo pida, sube paso a paso, serenamente, las escaleras de la Intendencia.

Digno, señorial, majestuoso, pasa a ocupar la presidencia en medio de un silencio sobrecogedor. ¿Por qué me llamásteis? —pregunta encarándose con los reunidos. Nadie se atreve a responderle. Una y otra vez repite la pregunta, y todos callan con la cabeza baja. Su autoridad extraordinaria pesa más que nunca sobre todas las conciencias.

—Si han llamado a Vuestra Excelencia —se atreve a decir Egaña— ha sido para consultar sobre el mayor bien del Estado.

El general vacila ante la respuesta y se abre un diálogo, más o menos ceremonioso, sobre la legitimidad de poderes. O'Higgins declara, con tono magistral, que su resistencia obedece a que no encuentra a quien, legalmente, pueda transferir su mando. Se hace rápidamente una elección y entonces, mirando cara a cara a los elegidos, les dice:

—Puesto que ustedes son los comisionados, con ustedes me entenderé, pero que se despeje la sala.

Y de autoridad a autoridad, inflexible en su concepto del poder y de la jerarquía sintiendo sobre sus hombros el peso soberano de la magistratura que legítimamente encarna, les entrega su banda presidencial, se vuelve solo al palacio. Una semana más tarde se va a Valparaíso, desde donde, el día 12 de febrero, pide pasaportes para dirigirse a Irlanda soñando con enterrar su infortunio en el pobre y desmantelado hogar paterno. "Haciéndose cargo de que el nombre de O'Higgins está unido a las glorias de la patria —se dice en el decreto que se los concede— y ha de encontrarse en todas las páginas de nuestros gloriosos esfuerzos, y que por tanto tiempo ha representado a la nación en sus relaciones exteriores, el senado no puede dejar de encargar a V. E. que la licencia que le concede para salir del país esté concebida en términos honoríficos, de suerte que entre los extranjeros le sirva como un documento de estimación y consideración de su patria hacia su persona".

Días más tarde embarca en la corbeta *Fly* y abandona nuestras costas, dejándonos un manifiesto preñado de ternura, rebosante de lágrimas, que es hasta nuestros días y lo será siempre, magnífico decálogo de amor patrio e inolvidable lección de humana grandeza:

—"Compatriotas: ya que no puedo abrazaros en mi despedida, permitid que os hable por última vez. Con el corazón angustiado y la voz trémula os doy este último adiós; el senti-

miento que me separa de vosotros sólo es comparable a mi gratitud. Yo he pedido, yo he solicitado esta partida, que me es ahora tan sensible, pero así lo exigen las circunstancias que habéis presenciado y que yo he olvidado para siempre. Sea cual fuere el lugar a donde llegue, allí estoy con vosotros y con mi cara patria; siempre soy súbdito de ella y vuestro conciudadano. Aquí ya os son inútiles mis servicios, y os queda al frente del gobierno quien puede haceros venturosos. Debéis recibir en breve sabias instituciones acomodadas al tiempo y a vuestra posición social, pero serán inútiles si no las adoptáis con aquella deferencia generosa que prestaron a Solón todos los partidos que devoraban a Atenas. Quiera el cielo haceros felices, amantes del orden y obsecuentes al que os dirige. ¡Virtuoso ejército! ¡Compañeros de armas! Llevo conmigo la dulce memoria de vuestros triunfos, y me serán siempre gratos los que la patria espera de vosotros para consolidar su independencia”.

## VII

### *EN EL ATARDECER MELANCOLICO*

El día 17 de Julio de 1823, la corbeta *Fly* zarpó de Valparaíso con rumbo al Norte, llevando a bordo al general O'Higgins, a su madre y a su hermana. Sólo algunos curiosos presenciaron la partida y unas docenas de amigos leales que quisieron acompañar al ilustre caído hasta el postrer instante de su vida chilena. El día 28 la *Fly* fondeó en el Callao. Cumpliendo inexcusables deberes de cortesía, el caudillo se apresuró a comunicar su arribo al embajador de Chile, con el encargo de trasmitir sus saludos al Presidente peruano al propio tiempo que le encareciese autorización para residir temporalmente en el país, en tanto encontraba medios adecuados para proseguir su viaje a Irlanda. El Presidente era el marqués de Torre-Tagle, su antiguo compañero de estudios, y lo acogió con singular afecto.

La situación política del Perú distaba mucho de ser bonancible: los partidos en vez de agruparse solidariamente para el sostenimiento del débil Estado recién nacido, se destrozaban en enconadas luchas, sumiendo al país en un régimen de evidente anarquía. En estas circunstancias llega también al Callao Simón Bolívar, que desembarca el día 1º de Septiembre y que

unos días después, en el banquete oficial con que lo recibe el gobierno y la sociedad limeña, ha de brindar "por el general O'Higgins que Chile nos envía generosamente". Bolívar no tarda en dirigirse a Trujillo para preparar la campaña libertadora, y allá lo sigue el ex presidente chileno, deseoso de prestar su ayuda a la empresa. Llega a Trujillo en los primeros días de Enero de 1824, y el 7 de Junio aún continúa pidiendo "un puesto cualquiera" porque "nada podía sustraerme del retiro que me he propuesto en el Perú, sino el día de una batalla, porque ese día todo americano que puede ceñir espada está obligado a reunirse al estandarte de una causa tan justa como su independencia, y prestar su sostén, por débil que sea, a un jefe que ha trabajado tanto tiempo y tan dignamente en la prosperidad de esta sagrada causa". El día 6 de Agosto escribe descorazonado a un fiel amigo estas pocas líneas: "Le aseguro que me es mortificante no haber podido antes de ahora ponerme a recibir órdenes inmediatas de Su Excelencia el Libertador". Salta a la vista la amargura que refleja el aviso. Al fin el día 18 consigue que lo incorporen al cuartel general, almorzando con Bolívar, al día siguiente, en Huancayo.

Siempre hubo lugar para el contraste entre estos dos paladines de la epopeya americana. Pero nunca como entonces. Bolívar vivía los momentos de la apoteosis. Era cuando llevaba, como dijo uno de sus brillantes biógrafos: "cinco repúblicas en el morral". Apuesto, bizarro como siempre, un sensual de la vida y de la fama, aún no había experimentado las decepciones del gobierno. Y cuando las sufrió, le causaron la muerte. En cambio, O'Higgins, Libertador por íntima conciencia, ya sabía lo que eran las vicisitudes del estadista y la ingratitud de los hombres. Sin embargo, las sobrellevaba con sobrio estoicismo y aún tenía reservas morales para ponerlas al servicio de América. Es casi seguro que en presencia de Bolí-

var, O'Higgins no podría evitar que su pensamiento fuera al encuentro de José Miguel Carrera, aquel tumultuoso dandy de la Revolución chilena. También estaba a su lado el día 9 de Diciembre, cuando se libró la memorable y decisiva batalla de Ayacucho. De aquellos días es esta inolvidable anécdota:

Bolívar ofrecía un banquete suntuoso en el palacio presidencial de Lima, para celebrar la victoria, y a él había invitado, como era natural, al heroico soldado chileno.

Ante el asombro unánime, éste llegó vestido de paisano.

—¿Querría explicarme V. E. el por qué de este traje?  
—le preguntó intrigado el Libertador.

—Señor, América está libre. Desde hoy el general O'Higgins ya no existe; soy sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho, mi misión americana está concluída.

Y para demostrarlo, para probar hasta qué punto era cierto este propósito al cual había llegado por la espinosa senda de los más crueles desengaños, se retiró a su hacienda de Montalván, que constituía entonces todo su patrimonio. En ella pasó todo el año de 1825 entregado a las calmas tareas de la labranza. Ya no podían tentarlo honores y prebendas y mucho menos los agitados combates partidistas que se estaban ventilando tanto en el Perú como en Chile. La independencia de ambos pueblos estaba segura, garantizada, y esto era lo único que a él le había preocupado y por lo único que otra vez se decidiría a empuñar la espada. Problemas de otra índole ni los comprendía ni le tentaban. Sí; era mucho mejor vivir apartado de aquellos infiernos de intriga en los cuales su corazón ardió tantos años, y si no se quemó fué porque los corazones de su temple están providencialmente destinados a la inmortalidad. Nada más grato que conversar con los campesinos, vigilar la tierra, acompañar la vida de la cosecha, fugaz

pero intensísima, desde la siembra a la recolección. Esta sí que era una escuela de elocuentes enseñanzas. Pero O'Higgins ¿era feliz en su retiro? Evidentemente que no; no podía serlo sabiendo que en la patria la lucha civil continuaba con redoblad<sup>o</sup>s ímpetus. Chile continuaba agitándose en dramáticas convulsiones. La opinión pública había reaccionado después de su marcha, el cuadro de sus adictos se ampliaba de hora en hora, cartas apremiantes de llamada le llegaban todos los días invitándolo al retorno, pidiéndole el pronto regreso, suplicándole que aceptase, cuando menos, la reelección. O'Higgins, sin embargo, continúa impertérrito por el recto camino que se había trazado. Yo no soy político ni sirvo para la política —pensaba— y lo mejor es distanciarse para no contribuir a la confusión. A pesar de todo lo complican en los manejos revolucionarios y su nombre es traído y llevado en cuantos motines y algaradas se promueven. La situación se torna tan grave que por un instante vacila y entra en las conjuras, en la torpe aventura de Chiloé, de la cual se zafa a tiempo como por milagro. Nuevamente lo engañaban, pero esta vez arrastrándolo a un abismo cuya negra profundidad jamás alcanzó a comprender, ni a vislumbrar, el caudillo. Con este otro escarmiento parece que se retira de una vez por todas a la vida privada. Cuando estalla la sublevación de Valdivia, en la cual los revoltosos hacen estandarte de su nombre, se apresura a desautorizarla y envía su adhesión al gobierno. -

En estas alternativas se han ido pasando los años y en Chile se restablece la paz, tanto tiempo anhelada. El parlamento lo restituye en su dignidad de capitán general, de la cual fuera exonerado después de la intentona de Chiloé, y amigos y enemigos le franquean las puertas invitándolo al regreso. O'Higgins, que no desea otra cosa que volver a la patria, se dispone a partir. El día 5 de Abril de 1831 se celebra un gran

banquete en Lima y O'Higgins anuncia en su brindis el propósito de restituirse al hogar nativo. Su discurso, pronunciado con la mejor intención, revuelve pozos no del todo sedimentados y ello le decide a aplazar el retorno. Y los años van pasando, ahora rápidos como exhalaciones. Ya estamos en 1833; ya ha cumplido el general 53 años de edad; ya los achaques pesan sobremanera sobre este débil cuerpo acribillado de heridas y de angustias.

Otra remesa de expatriados arriba a las hospitalarias costas peruanas, trayendo consigo para el general nuevos motivos de preocupación y disgusto. De esta vez el papel de Longinos le cabe a D. Carlos Rodríguez que, apenas desembarcado, publica un escandaloso libelo en el cual lanza sobre el caudillo todo género de acusaciones. Se promueve una polémica de prensa violentísima y O'Higgins, sin titubear, lleva su querrela ante el tribunal de imprenta que, también sin titubeos, condena al calumniador. Pero O'Higgins sólo aspiraba a que se le hiciese justicia y con ejemplar nobleza desiste de perseguir a su ofensor.

Siguen corriendo los años: 1834, 1835, 1836... El jugoso verdor de los cañaverales de Montalván se va convirtiendo en un amargo mar de lágrimas. Sólo tristes noticias llegan a la hacienda, para afligir más y más la vejez, prematuramente acentuada, del noble patricio. Portales va a desencadenar la guerra contra el Perú y todo hace suponer que las hostilidades se rompan de un momento a otro. Su patria y esta otra gran nación que generosamente le da albergue, se aprestan a dirimir por las armas litigios que podrían resolverse pacíficamente. Escribe a San Martín haciéndole copartícipe de su pena y comunicándole sus temores sobre el resultado de la contienda que, en cualquier caso, será un golpe mortal contra la necesaria solidaridad del continente. ¡Ah qué tristemente atardece la vida heroica del caudillo! La noche sin aurora lo va cercando, y

ni le queda el consuelo de aproximarse al lecho eterno con la mirada alegre y el corazón tranquilo. Sus ojos sólo alcanzan a ver perspectivas sombrías y en su corazón rebosan, inagotables, las hieles. En Septiembre de 1837 parte la expedición chilena, y O'Higgins se aterra. Las cristalinas aguas del Pacífico se van a enturbiar con sangre de hermanos por ley natural mutuamente queridos. Felizmente se firma el tratado de paz de Paucarpata y en O'Higgins renace la calma, pero el pacto no es ratificado y nuevas zozobras vuelven a inquietar su alma atribulada.

En Julio de 1838 Bulnes llega con su ejército a las playas de Ancon y se pone en marcha hacia la capital peruana. En este instante decisivo se disipan para O'Higgins todas las dudas, se esfuman todos los prejuicios, se desvanecen todas las secundarias razones, y la razón natural, la razón legítima, la suprema razón de la patria salta a situarse en primer término. Cuando el día 21 de Agosto las tropas de Bulnes entran a Lima, allí está a su espera el vencedor de Chacabuco para recibir con los brazos abiertos y los ojos arrasados de lágrimas a los soldados que traen triunfante la bandera de Chile.

Nunca vivió el ya anciano general días tan felices como estos. No duerme, no descansa. Anda de cuartel en cuartel para estrechar contra su pecho, uno por uno, a sus viejos camaradas de otro tiempo. A su paso forman las guardias y redoblan los tambores. Los jóvenes oficiales lo saludan con voz temblorosa y se disputan el honor de darle escolta. En cierta ocasión O'Higgins preside un banquete, y, a la hora de los postres se corta distraído un dedo. Un capitán que percibe el accidente, corre con su copa de vino a recoger en ella la sangre del general, y, mezclándola en una gran cratera, sirve a los comensales de la preciosa mezcla y les requiere para que

brinden por la gloria de Chile. Con las espadas desnudas brindan todos, y hecho el silencio, O'Higgins dice apenas:

—Siento con toda mi alma que la vejez no me haya dejado más sangre en las venas, para ir a derramarla con la vuestra por el honor de la patria.

Y el melancólico atardecer de esta vida mayúscula se alegró un momento con el luminoso claror del alba.

## VIII

### *LA ANGUSTIA DE LA MUERTE*

El día 20 de Enero de 1839 los ejércitos chilenos consiguieron la espléndida victoria de Yungay. Aún O'Higgins paladeaba la miel de este gran triunfo de nuestras armas, cuando una tremenda desgracia, la mayor de su vida, cayó brutalmente sobre él aplastándolo para siempre: el 21 de Abril moría su anciana madre, la encantadora doña Isabel de Riquelme, la tierna madre de los quince años, que ahora bajaba a la tumba al borde de los setenta y cinco. El dolor que este acontecimiento nefasto produjo a nuestro héroe, se alivió con el consuelo inestimable de que soldados de Chile fueran los que llevaron a la fosa el sencillo ataúd donde dormía plácidamente, para no despertar jamás, el amor inmenso, el amor más grande, tal vez el único amor que había alumbrado en la vida atormentada del ínclito procripto. El general Bulnes presidió las exequias; que se celebraron el cuatro de Mayo, recibiendo los pésames del concejo y del pueblo limeño, que profesaban a O'Higgins sincera y honda estima.

Es preciso partir, volver, regresar a la patria para no correr el albur de morirse también en tierra extraña. Ya tiene sesenta años y hace diez y seis que está en el destierro. Bulnes,

que lo quiere como a un padre, lo convence de cuán necesario se hace este retorno, por su propio bien y por el bien de la nación.

—Sí, sí —le responde O'Higgins—. Todos los días sueño con volver a Chile; volver es mi ansia más ardiente y tal vez, actualmente, mi única preocupación. No me interesa lo que allá hagan conmigo, porque lo único que me importa es morir entre mis gentes.

—Entonces, dispóngase a embarcar con nosotros —le sugiere Bulnes esperanzado.

—Tengo que esperar un poco más, sólo un poquito más. En este momento no puedo.

Sólo ahora sabemos por qué no podía: para salvarse de la pobreza, para malvivir, había contraído un crédito de quince mil pesos con la exclusiva garantía de su palabra, y necesitaba saldarlo. Al digno general no le era posible abandonar el país, que tan hidalgamente le dió pan y techo, sino con la frente muy alta.

Durante muchos años nadie acertó a comprender cómo, siendo tan vehementes sus deseos de regreso, se retuvo tanto tiempo en el extranjero. Creyeron los más que su ostracismo, convertido luego en aparente retiro voluntario, se debía al calculado propósito de esperar una reacción tan favorable de la opinión pública, que su vuelta significase nueva ascensión al poder, otra vez impulsada sin oposiciones; creyeron otros, por suerte los menos, que era motivado por un cierto desapego hacia el país nativo, por un evidente deseo de mantenerse alejado de la nación, por un bien pensado distanciamiento de la patria y de los estadistas que entonces la regían. Vemos ahora, sabemos ahora con absoluta certeza, que si O'Higgins no retornó antes a Chile y no tuvo el consuelo inestimable de morir entre los suyos, ello fué debido a sus razones, que son podero-

sísimas para cualquier ciudadano honesto e imperiosas para un hombre de su temple y calidad moral. De ninguna manera podía abandonar el Perú, donde lo acogieron con los brazos abiertos, donde tantas atenciones le prodigarán, sino después de haber saldado hasta el último centavo una deuda de la que respondía, como único fiador, su palabra de caballero.

El año de 1840 lo pasa en su hacienda de Montalván, tratando de ahorrar hasta los centavos para cumplir cuanto antes sus compromisos económicos. No recibe visitas ni las retribuye, porque, quiérase o no, siempre reportan algún dispendio. No gasta nada. Prescinde de lo más necesario con tal de acumular un poquito más en la bolsa que ha de redimirlo. Sólo queda por pagar el último plazo, y, en cuanto lo consiga, solamente entonces, estará en condiciones de embarcarse. Trabaja de sol a sol, ayudando a los braceros; pasa las horas de vagar ordenando papeles y revisando cuentas y las mejores de la noche, en vigilia, anotando ideas y proyectos que algún día espera ofrecer a sus conciudadanos. Ha leído mucho en estos últimos tiempos y no quiere perder el fruto de sus lecturas y meditaciones, sino más bien ofrecerlo a su país para que sirva de algo. Dos ideas se le han prendido muy firmes en el deseo y pensando en ellas se desvela: la de encauzar la inmigración, poblando las ricas zonas del Sur con labradores honrados y peritos, y la de colonizar la Patagonia y la Tierra del Fuego, regulando y aprovechando en todas sus inmensas posibilidades el comercio que se hace por el Estrecho de Magallanes. Hilvana una ley de enjuiciamiento criminal por jurados, otra para la creación de un banco nacional, otra para el reconocimiento de la libertad de cultos. No es que piense en reasumir la presidencia, ni en organizar ningún partido político, ni siquiera en ocupar este o aquel cargo público de mayor o menor responsabilidad. No. Aspira a vivir escondidamente en cualquier

fundo de Chillán, escribiendo cartas y cartas en las cuales ha de elevar sus iniciativas a los rectores del Estado. Desde niño O'Higgins gusta de escribir cartas, siente un verdadero placer al escribir epístolas que los correos van distribuyendo por medio mundo. Ahora va a poder escribir a su antojo, y ahora sí que tiene mil cosas que decir.

A fines de Diciembre, cuando está pasando unos días de descanso en Cerro-Azul, le acontece un accidente muy sensible: regresando de un paseo a caballo el animal se le desboca en la pampa de Lobos y hasta después de una legua no consigue dominarlo. El percance abre una brecha demasiado honda en su salud, harto quebrantada después de la muerte de doña Isabel. A primeros de Enero de 1841, le sobreviene un ataque. Lo llevan a Lima precipitadamente y el médico le advierte sobresaltado:

—Ese corazón está muy mal; es necesario que se cuide mucho; hay que evitar a toda costa un nuevo ataque, porque sería fatal.

Todo este año lo pasa en la capital peruana, sometido a diversos tratamientos que no logran restablecerlo. La situación en que se encuentra es aflictiva. Su hermana no puede acompañarlo, porque ha de estar en la hacienda, administrando el exiguo patrimonio, para ver de liquidar la deuda de una vez; no tiene parientes que le cuiden y los amigos cada vez le van escaseando más; no tiene dinero ni para medicamentos y se ve obligado a vender su vajilla de plata, lo único de valor que le quedaba. Le consuela la fe, una fe entrañable que se acrecienta en su alma a medida que todas las otras fuerzas le faltan. Va a misa todos los días, comulga asiduamente y se entrega con fervor a las prácticas devotas. Pasa las tardes leyendo y tomando apuntes. No se imagina hasta qué punto su enfermedad se ha ido agravando. Cuando el médico le advierte:

—No trabaje, general; cuídese mucho, aleje las preocupaciones, descanse. . .

Contesta sonriente:

—Esto no es nada. De aquí a tres o cuatro meses podré volver a Chile y allá verá usted cómo me restablezco antes de una semana. Soy muy fuerte. ¿Cree usted que si no fuese tan fuerte habría podido resistir tantos embates como he padecido? Otros males me hirieron mucho más y también de ellos estoy curado. Lo que necesito es volver, volver cuanto antes.

Soñando con este instante venturoso del regreso se pasa las noches en vela. "Le ruego —escribe al general Bulnes— que al arribo a mi tierra natal no se me trate ni considere como a un ostentoso huésped, a quien por graves circunstancias la política exige ciertas ceremonias, como a los embajadores, agentes diplomáticos y otros caracteres públicos, sino con la sencillez que en su propio suelo y en la misma casa paterna se recibe en la familia a un buen padre, un buen hijo, un buen hermano y un buen ciudadano, después de una larga ausencia. Un abrazo cordial vale más que todas las pompas y demostraciones exteriores que agradan solamente por pasatiempo". A pesar de este ruego, se imagina que lo han de recibir en Valparaíso con cierta etiqueta, y escribe el borrador del discurso que entonces pronunciará contestando al saludo del Intendente. Su hermana ha liquidado todo lo mejor posible y se le reúne en Lima. La hora dichosa se aproxima. Reserva camarotes en el navío que zarpará del Callao el 27 de Diciembre y hace sus visitas de despedida. El júbilo que le embarga basta para compensar todas las tribulaciones sufridas.

Por fin va a zarpar. Va a rehacer el camino de su patria por esas mismas aguas del Océano Pacífico que él, con el desvelo de su misticismo libertario, hiciera un día accesibles a las flotas de la paz librándolas de enemigos al conjuro de "esas

cuatro tablas” que arrojadas al mar en el puerto de Valparaíso sirvieron de puente a las armas salvadoras. Por fin abrazará en el propio terruño a los viejos soldados del Roble, de Rancagua, de Chacabuco y Maipo, preciosas reliquias cubiertas por el palio venerable de la ancianidad.

La noche del 26 no puede dormir con la inquietud y, cuando amanece se va a la Merced para oír su última misa de proscrito. Pero unas horas antes de la señalada para la partida, le sobreviene otro ataque y tan grave que por poco se muere. El médico se empeña en convencerlo para que desista del viaje.

—Es inútil, amigo mío, porque me embarcaré en cuanto pueda. Quiero volver a mi patria y nada me importa si llego a tiempo para morir en ella.

En Febrero de 1842 parece que ya está algo mejorado y vuelve a reservar pasajes, y otro ataque vuelve a golpearlo unos días antes de la marcha. Apenas se puede tener en pie. Los ataques se repiten en Septiembre y a principios de Octubre y tan quebrantado le tienen que nadie puede hacerse ilusiones sobre el restablecimiento. Instalan un altar portátil en su dormitorio y esto le consuela mucho. La piedad del caudillo raya en misticismo. Tiene a su lado a un fiel servidor, que nunca se le aparta de la cabecera, y es a él a quien pide humildemente que le lea el oficio de los agonizantes repitiendo las piadosas jaculatorias que le van dictando, con palabras entrecortadas que los presentes apoyan con sollozos incontenibles.

Llega el día 23 de Octubre de 1842. El enfermo pasó buena noche, desaparecieron los ahogos y se encuentra muy aliviado. Su propia hermana se sorprende de la mejoría. A las nueve se hace vestir y lo sientan en un sillón que está al pie del lecho. Recibe varias visitas y conversa animadamente con todos. Habla cortante, febril. Tiene palabras cariñosas para recordar a sus amigos limeños. Promete que desde la patria

escribirá largas y asiduas cartas. Pide a su hermana que sirva el chocolate. Por un momento, parece que va a gozar en plenitud esa dicha que siempre le fué tan esquiva, como un espejismo listo a esfumarse apenas alargaba las manos para tomar sus ofertas.

Este veleidoso fatalismo se cumpliría de nuevo, y ahora por última vez. Aquella ha sido sólo una reacción fugaz. De súbito, a las once, le asalta una congoja mortal, palidece hasta quedar blanco, se le enturbian los ojos, la cabeza se le cae pesadamente sobre el pecho, y con esa incoherencia que se apareja al anublamiento de la agonía, pronuncia una sola palabra: Magallanes, que tal vez acudió como una síntesis de sus últimas vigiliias pensando en el porvenir de la patria. Y exhala la vida en un desgarrado suspiro de impotencia.

Tuvo, sin embargo, en esos momentos, el consuelo de saber que su patria le tendía los brazos desde lejos. No fué la suya esa agonía cruel de Napoleón, enterrado en vida en el solitario peñón de Elba, ni de Bolívar postrado en un miserable camastro de Santa Marta. Murió junto a su hermana, entre amigos, en un pueblo que lo aclamaba como a su Libertador, y cuando sus compatriotas le ofrecían afectuosa compensación a los sinsabores de su voluntario destierro.

Así murió el hombre, y así se desgranó en la arena del tiempo el instante en que un héroe se ceñía la corona de la inmortalidad. Porque él, que no quiso lauros, que esquivó las apoteosis, que pulverizó el cetro de los reyes, que entre la tiranía y la abdicación no aplazó un solo instante su opción por la última, no pudo evitar que la posteridad lo alzara sobre el pedestal de los egregios y le tributara su veneración eterna.

Si tuvo defectos, fueron sólo aquellos que permitió una de sus más acrisoladas virtudes: la bondad. Este hombre, que en el campo de batalla no era casi un ser humano, sino una

magna misión de acero, en la paz de la vida ciudadana tuvo —como lo dijo San Martín— “más cera que acero”. Sí. Fué blando y fué magnánimo. Aspiró sólo a ser el Padre de sus compatriotas y quiso que su país pareciese una gran familia. He ahí tal vez su error de estadista. Pero he ahí su mayor gloria de hombre y de héroe.

Su vida fué una sublimación grandiosa. Nació como Bernardo Riquelme, padeciendo el doloroso complejo de su orfandad civil y murió para renacer en la inmortalidad como Bernardo O'Higgins, Padre de la Patria Chilena.

## INDICE DE LAS LAMINAS

PORTADA.—*Dibujo de Rugendas, perteneciente a la Colección Alvarez Urquieta.*

LAMINA EN COLOR.—*Retrato al óleo, del P. PEDRO SUBERCASEAUX, obsequiado por la familia Menéndez Bebet y a la Escuela Brigadier General Bernardo O'Higgins, de Buenos Aires.*

- I.—*El General Don Bernardo O'Higgins, Supremo Director del Estado de Chile. Grabado por Bernardo Cooper (1821), de la Colección ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ.*
- II.—*O'Higgins, Director Supremo; Grabado inserto en la edición de 1860 de "El Ostracismo de O'Higgins", de BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.*
- III.—*O'Higgins, en compañía de San Martín, Carrera y Portales. Cuadro de OTTÓ GRISHOZ, mandado hacer por Diego Barros, en 1852, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile; Sala Barros Arana.*
- IV.—*La abdicación de O'Higgins, cuadro de CARO, que se conserva en el Museo Histórico Nacional de Santiago de Chile.*
- V.—*Autorretrato. Miniatura sobre marfil, atribuida al General O'Higgins.*
- VI.—*O'Higgins, a la edad de 55 años, en el destierro. Retrato inconcluso de JOSÉ GIL DE CASTRO, que se encuentra en el Museo Histórico Nacional de Santiago de Chile.*
- VII.—*La Batalla de Rancagua. Grabado tomado de "El Ostracismo de O'Higgins", de BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.*

- VIII. — *Maquette del Monumento erigido a O'Higgins en Buenos Aires, en la Plaza Rodríguez Peña; obra del escultor chileno GUILLERMO CÓRDOVA. Colección Mauricio Braun.*
- IX. — *Medallón de bronce con la efigie del prócer, que se encuentra en el Museo Histórico Nacional. Santiago de Chile.*  
*Estampillas de correo postal chileno, con la efigie del Libertador.*
- X. — *Efigie de O'Higgins, grabada en el papel moneda chileno.*  
*Figura ecuestre del prócer, en barro cocido, de autor anónimo, que figura en la Colección ALVAREZ URQUIETA.*
- XI. — *El Virrey Don Ambrosio O'Higgins, padre del Director de Chile.*  
*Retrato grabado en París para Don Benjamín Vicuña Mackenna.*
- XII. — *Doña Isabel Riquelme, madre de O'Higgins. Grabado según el retrato de GIL. Museo Histórico Nacional; Santiago de Chile.*
- XIII. — *Doña Rosa Rodríguez Riquelme, media hermana del Libertador.*  
*Miniatura en marfil, atribuida al mismo.*
- XIV. — *Firma autógrafa de O'Higgins.*

## INDICE

	PÁGS.
PROLOGO, por Enrique de Gandía .....	7
CAP. I. — <i>En los reales jardines de Kew</i> .....	11
CAP. II. — “ <i>Sin un real</i> ”, en la España de los Reyes .....	23
CAP. III. — <i>Bajo la manta del huaso</i> .....	31
CAP. IV. — <i>Antes soldado que general</i> .....	33
CAP. V. — <i>Del suplicio a la gloria</i> .....	43
CAP. VI. — <i>El abrazo de Maipú</i> .....	53
CAP. VII. — <i>En el atardecer melancólico</i> .....	65
CAP. VIII. — <i>La angustia de la muerte</i> .....	73

*Publicados*

1—BUENOS AIRES VISTO POR VIAJEROS INGLESES . . . .	\$ 2,50
2—CANCIONERO DEL TIEMPO DE ROSAS . . . . .	„ 2,50
3—LAS PAMPAS . . . . .	„ 3,25
4—LOS CONVERSADORES . . . . .	„ 2,00
5—ESTADOS UNIDOS, <i>por Domingo F. Sarmiento</i> . . . . .	„ 2,50
6—FLORESTA DE LEYENDAS RIOPLATENSES . . . . .	„ 2,50
7—VIAJE AL RIO DE LA PLATA, <i>por Ulrico Schmidl</i> . . . . .	„ 2,50
8—LIRA ROMANTICA SURAMERICANA . . . . .	„ 2,50
9—RELACION DEL PRIMER VIAJE DE DON CRISTOBAL COLON . . . . .	„ 3,25
10—LOS MORENOS . . . . .	„ 2,50
11—ALOS AFRO-BRASILEÑOS, <i>por Newton Freitas</i> . . . . .	„ 2,50
12—AUTOBIOGRAFIA DE MANUEL BELGRANO . . . . .	„ 2,50

—  
*En prensa*

EL NORTE  
CANCIONERO DE MANUELITA  
DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS  
ADIVINANZAS RIOPLATENSES  
CANCIONERO DE ENAMORADOS  
MITOS SOBRE EL ORIGEN DEL FUEGO EN AMERICA  
MEDICINA POPULAR RIOPLATENSE

—  
*Biografias*

MITRE  
CARRERA  
LOS BRAGANZA

ESTE LIBRO SE TERMINÓ  
DE IMPRIMIR EL MES  
DE OCTUBRE DEL AÑO  
1942, EN LA IMPRENTA  
PATAGONIA, VICTORIA  
837, DE BUENOS AIRES.